

UN GENOCIDIO EN CENTROAMÉRICA: HULE, ESCLAVOS, NACIONALISMO Y LA DESTRUCCIÓN DE LOS INDÍGENAS GUATUSOS-MALECUS

Marc Edelman*

Resumen

A finales del siglo XIX, los huleros y misioneros invadieron el territorio de los indígenas guatusos-malecus, al sur del Lago de Nicaragua. Cientos de mujeres y niños indígenas fueron capturados y vendidos como esclavos en los pueblos nicaragüenses, mientras que los hombres realizaban trabajos forzados para los huleros como cargadores en la selva. Las distintas identidades nacionales aún estaban en estado embrionario en las décadas posteriores al colapso de la Federación Centroamericana. Los clérigos e historiadores costarricenses narraron la experiencia de la comercialización del hule y de los seres humanos en la zona guatusa, en el marco del surgimiento de un proyecto ideológico nacionalista que contrastó la "virtud" de Costa Rica con la "barbarie" de Nicaragua. Al final de la época de auge del hule a fines de la década de 1890, más de la mitad de la población guatuso-malecu había sido secuestrada o asesinada o había muerto a causa de las enfermedades y la explotación desmesurada.

Abstract

A CENTRAL AMERICAN GENOCIDE: RUBBER, SLAVERY, NATIONALISM,
AND THE DESTRUCTION OF THE GUATUSOS-MALEKUS.

In the late nineteenth century, rubber tappers and missionaries invaded the territory of the Guatuso-Maleku Indians, south of Lake Nicaragua. Hundreds of indigenous women and children were captured and sold as slaves in Nicaraguan towns, while the men had to perform forced labor for the tappers as porters in the jungle. Distinct national identities were still embryonic in the decades after the collapse of the Central American Federation. Costa Rican clerics and historians narrated the experience of commodification of rubber and human beings in the Guatuso zone in the framework of an emerging nationalist ideological project that contrasted Costa Rica "virtue" with Nicaraguan "barbarism." By the end of the rubber boom in the late 1890s, over half of the Guatuso-Maleku population had been kidnaped or murdered or had died from diseases and over-exploitation.

* Marc Edelman es estadounidense y obtuvo su doctorado en antropología en la Columbia University. Actualmente se desempeña como profesor de antropología en la Hunter College y el Graduate Center de la City University of New York (CUNY). También se dedica al estudio de la política y redes campesinas transnacionales contemporáneas en Centroamérica, Europa y otros lugares. La versión en inglés de este artículo apareció en *Comparative Studies in Society and History* 40 (1998), pp. 356-390, bajo el título "A Central American Genocide: Rubber, Slavery, Nationalism, and the Destruction of the Guatusos-Malekus". Esta edición en español se imprime con el permiso de la Cambridge University Press. Traducción de Guisela Asensio Lueg.

Hulero. - Persona que tiene por oficio extraer hule o caucho. Los que se dedican a tan lucrativa industria en la parte Norte del país son casi todos nicaragüenses y fueron por mucho tiempo el terror de los pobres indios Guatusos, a quienes mataban sin piedad o cazaban para venderlos como esclavos en la vecina República.

— Carlos Gagini¹

En 1919, cuando Carlos Gagini escribió en dos oraciones esta definición de "hulero" para un diccionario de "costarrriqueñismos", especificó en forma natural el homicidio, la esclavitud, el terrorismo y la nacionalidad nicaragüense como características intrínsecas de los huleros. Son pocas las entradas en la compilación de Gagini que revelan tan enérgicamente un objetivo implícito clave de los léxicos del país que los intelectuales centroamericanos empezaron a publicar a finales del siglo XIX:² la especificación, a través de la dialectología española, de una identidad nacional en surgimiento con relación a los vecinos, quienes —hasta hace poco— no habían sido claramente *otros* distintos, sino simplemente compatriotas, primero, de una u otra provincia de la Capitanía General de Guatemala española y, posteriormente, por poco tiempo, del Imperio Mexicano (1821–1823) y la Federación Centroamericana Independiente (1823–1838). Ninguna de las otras entradas, generalmente concisas, del diccionario de Gagini hace alusión tan directamente a los vínculos entre el proceso de la creación del comercio, la muerte física y cultural y la construcción de las naciones.

Este ensayo examina el encuentro entre los indígenas guatusos-malecus y el intento de los huleros-esclavizadores de apropiarse de un nuevo espacio geográfico con el objeto de satisfacer la demanda internacional de hule y la demanda local de esclavos humanos (más de tres siglos después de la abolición de la esclavitud indígena en las colonias españolas y cinco décadas después de la abolición de *toda* la esclavitud en la Centroamérica independiente). La principal fuente que se utiliza es un informe del obispo de Costa Rica, nacido en Alemania, Bernardo Augusto Thiel, de una misión "al territorio de los guatusos" que se llevó a cabo en 1882, en la selva al sur del Lago de Nicaragua. También explora la forma en que la experiencia de la comercialización del

¹ Carlos Gagini, *Diccionario de costarrriqueñismos*, 2ª edición (San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1919), pp. 159–160.

² Por ejemplo, Alberto Membreño, *Hondureñismos*, 3ª edición (Tegucigalpa: Editorial Guaymurás, 1982 [1985]).

hule y posteriormente de seres humanos fue narrada y reinterpretada como parte de una ideología nacionalista en surgimiento de la idiosincracia costarricense. El ensayo sostiene específicamente: (1) que la satanización de Nicaragua por la élite costarricense fue un aspecto importante en la formación de la identidad nacional y que las disputas por fronteras entre los dos países se convirtieron en oportunidades para agudizar las anteriormente débiles o no existentes diferencias nacionales; (2) que los intentos por consolidar regiones fronterizas remotas y en disputa —y de incorporar a los pueblos indígenas hasta entonces fuera del control del Estado— imbuyeron la ideología y práctica nacionalista con la retórica y procedimientos orientados hacia la conquista y el proselitismo mismos que las élites post-independencia afirmaban rechazar como parte de la aborrecida herencia colonial; (3) que incluso para una élite que enfatizaba la “europeidad” como una característica costarricense determinante con respecto a los *otros* “bárbaros” no blancos, los indígenas no asimilados podían servir —en la ausencia de una “comunidad imaginada” histórica— para elaborar “ficciones guía de un concepto de pueblo y un destino nacional preexistente”;³ y (4) que en la Centroamérica de finales del siglo XIX, los proyectos “civilizadores” implicaron considerable colaboración y acuerdo ideológico entre los liberales modernistas y seculares que generalmente estaban asociados con la construcción de la nación y los conservadores pro clericales, cuyas expediciones evangelizadoras (y etnográficas) desempeñaron un papel importante en la articulación y legitimización de las narrativas para los Estados en surgimiento.

La cruzada del obispo Thiel a la tierra de los guatusos-malecus fue una especie de híbrido peculiar: en parte una misión evangelizadora al estilo colonial, con frailes colocando enormes crucifijos en desolados claros del bosque;⁴ en parte una expedición etnológica científica, con el obispo y su grupo registrando observaciones detalladas acerca de la forma de vida e idio-

³ Steven Palmer, “Hacia la ‘auto-inmigración’: el nacionalismo oficial en Costa Rica 1870–1930”, en *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, Arturo Taracena Arriola y Jean Piel, editores (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 75–85 proporciona una breve discusión de cómo las élites costarricenses de final del siglo XIX propagaron una auto-imagen nacional blanca “homogénea” entre una población con una ascendencia indígena y africana considerable. Las nociones de “comunidad imaginada” y “ficciones guía” son, respectivamente, de Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1983); y Nicolas Shumway, *The Invention of Argentina* (Berkeley: University of California Press, 1991).

⁴ Bernard Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1280 (7 de junio de 1882), pág. 1.

ma aborigen, desenterrando tumbas e interrogando a los cautelosos nativos acerca de sus experiencias; y, en parte, un horripilante encuentro con el genocidio y la explotación que, no obstante, al igual que gran parte de la historia latinoamericana, evolucionó con episodios novelísticos tragicómicos, tales como cuando los soldados nicaragüenses tomaron al propio obispo como prisionero, creyendo que era un general costarricense personificando a un funcionario eclesiástico, con el fin de apoderarse del territorio disputado a lo largo de la frontera.⁵

EL HULE EN LA CENTROAMÉRICA DEL SIGLO XIX

A dos décadas del descubrimiento de Charles Goodyear en 1839 de cómo "vulcanizar" el látex, convirtiendo una sustancia viscosa o quebradiza en maleable y elástica, la demanda mundial de hule aumentó vertiginosamente. Para la década de 1860, el caucho natural vulcanizado se había vuelto esencial para los empaques de las máquinas, fajas, tubos y los parachoques de los vagones de tren y, poco después, para el aislamiento de alambres y las llantas de bicicletas y automóviles.⁶ Centroamérica fue una de las primeras regiones que respondió a la creciente demanda. Debido a su proximidad a las industrias estadounidenses y a la abundancia de árboles de hule en su extenso territorio boscoso, los empresarios —grandes y pequeños— empezaron a extraer y exportar látex y a explorar y reclamar concesiones en prometedoras porciones de bosque virgen.

⁵ El secretario de Thiel en el viaje, Francisco Pereira, sacerdote y vicario de Alajuela, escribió la mayor parte del informe. Sin embargo, Thiel aparece como autor (Bernard Augusto Thiel, "Secretaría de Culto", en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1277 (3 de junio de 1882), pág. 1), lo cual resulta gracioso dada la frecuencia de las referencias exaltadas que se hacen de él utilizando la tercera persona ("Su Señoría Ilustrísima"). El nombre de Pereira aparece al final del relato de la visita de Thiel a los guatusos (Bernard Augusto Thiel, "Secretaría de Culto", en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1286 (15 de junio de 1882), pág. 1). León Fernández insertó la crónica de 1882 de Thiel como una extensa y continua nota de pie de página en la traducción al español del artículo de 1875 del geólogo estadounidense William Gabb, que trata sobre los pueblos indígenas de Costa Rica (William M. Gabb, "On the Indian Tribes and Languages of Costa Rica", en *Proceedings of the American Philosophical Society* 14 (1875), pp. 309–324). Una versión de 1927 del relato de Thiel, editado por Henri Pittier, modifica u omite una serie de secciones clave del texto de 1882, incluyendo la mayoría de los días en los que el comandante nicaragüense forzó al obispo y a su grupo a viajar a Granada en contra de su voluntad.

⁶ Warren Dean, *Brazil and the Struggle for Rubber: A Study in Environmental History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), pág. 9; Richard Evans Schultes, "The Domestication of the Rubber Tree: Economic and Sociological Implications", en *American Journal of Economics and Sociology* 52: 4 (octubre 1993), pp. 481–483.

Al igual que en el auge del Amazonas,⁷ el sector hulero centroamericano se caracterizó por una amplia variedad de sistemas de tenencia y relaciones de producción (o extracción).⁸ Sin embargo, en el territorio guatuso-malecu, como en otras partes a lo largo de la frontera entre Costa Rica y Nicaragua, los huleros eran principalmente personas no indígenas que recibían suminis-

⁷ Véanse de Bradford L. Barham y Oliver T. Coomes: "Reinterpreting the Amazon Rubber Boom: Investment, the State, and Dutch Disease", en *Latin American Research Review* 29: 2 (1994), pp. 73-109; y "Wild Rubber: Industrial Organization and the Microeconomics of Extraction During the Amazon Rubber Boom (1860-1920)", en *Journal of Latin American Studies* 26 (1994), pp. 37-72; Oliver T. Coomes y Bradford L. Barham, "The Amazon Rubber Boom: Labor Control, Resistance, and Failed Plantation Development Revisited", en *Hispanic American Historical Review (HAHR)* 74: 2 (1994), pp. 231-257.

⁸ En Guatemala, Honduras y Nicaragua, los gobiernos otorgaron concesiones en enormes extensiones de tierras estatales a compañías extranjeras que extraían hule. Véanse para tal efecto Craig Dozier, *Nicaragua's Mosquito Shore: The Years of British and American Presence* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1985), pág. 158; [Ministerio de] Fomento, 1913. "Cuadro sinóptico de concesiones otorgadas por el Estado a contar desde 1877", en *Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura* (Honduras) 2: 4-6 (abril-junio 1913), pp. 212-213 y "Cuadro sinóptico de concesiones otorgadas por el Estado a contar desde 1877", en *Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura* [Honduras] 2: 4-6 (agosto 1913), pp. 436-437; Alberto Lanuza, "La formación del Estado nacional en Nicaragua: las bases económicas, comerciales y financieras entre 1821 y 1873", en A. Lanuza et al., *Economía y sociedad en la construcción del Estado en Nicaragua* (San José, Costa Rica: Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1983), pág. 54; Nicaragua, *Concesion par la République de Nicaragua à M. Aristide-Paul Blanchet d'un canal pour le transit interocéanique par les lacs du Nicaragua: et de 353 kilom. carrés de terrains pour la culture de caoutchouc, 4 mars 1882* (Bourges, France: H. Sire, 1882); y Norman B. Schwartz, *Forest Society: A Social History of Petén, Guatemala* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1990), pág. 110. En el departamento de Petén en Guatemala y en Mosquitia en Nicaragua, los comerciantes les extendían crédito a los trabajadores indígenas y mestizos, quienes entonces tenían que pagar su deuda con trabajo (Mary W. Helms, *Asang: Adaptations to Culture Contact in a Miskito Community* (Gainesville: University of Florida Press, 1971), pp. 22-23; Schwartz, *Forest Society: A Social History of Petén, Guatemala*, pág. 110; y Eleonore von Oertzen, Lioba Rossbach y Volker Wunderlich, editores, *The Nicaraguan Mosquitia in Historical Documents 1844-1927* (Berlin: Dietrich Reimer Verlag, 1990), pp. 51-52). En el sureste de Costa Rica, los indígenas recolectaban hule y sarsaparilla que cambiaban por armas, herramientas de metal y cacao en Puerto Limón (Gabb, "On the Indian Tribes", pág. 525; Bernard Augusto Thiel, "Secretaría de Culto", en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1288 (17 de junio de 1882), pp. 1-2). En El Salvador, los alcaldes distribuían almacigos de árboles de hule entre los campesinos cuyas tierras comunales estaban siendo privatizadas (Héctor Lindo-Fuentes, *Weak Foundations: The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century 1821-1898* (Berkeley: University of California Press, 1990), pág. 135). En Nicaragua y

tros al crédito de los “habilitadores” (comerciantes exportadores de hule), muchos de ellos norteamericanos.⁹ Los huleros generalmente trabajaban en grupos de dos a cuatro, en expediciones que duraban entre uno y tres meses. Paul Lévy, un viajero francés que publicó un informe detallado acerca de la economía nicaragüense en 1873, observó secamente que “Los huleros, á causa de la vida extraordinariamente accidentada que pasan, en medio de montes llenos de animales dañinos, forman una parte de la población especialmente activa, emprendedora y endurecida en los trabajos”.¹⁰

La esclavitud que acompañó al auge del hule en el territorio guatuso-malecu no implicó, en contraste con la situación en algunas partes del Amazonas,¹¹ el esclavizamiento de los huleros indígenas. En cambio, los huleros secuestraron a las mujeres y niños guatusos para venderlos como sirvientes domésticos y obligaron a los hombres a servir sin paga como cargadores en el bosque.

A pesar de varios intentos centroamericanos de introducirse en la economía hulerá mundial, la participación de la región siempre fue menor. Nicaragua, sin duda el mayor exportador, ganó más de un tercio de sus divisas del hule para mediados de la década de 1870, aunque esto fue más un reflejo de la debilidad de otros sectores que del dinamismo del hule; el país nunca

Honduras, los inversionistas extranjeros empezaron fincas de hule, a veces hasta con un millón de árboles (Salvador Crespo, “Departamento de Colón”, en *Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura* (Honduras) 1: 6 (enero 1912), pág. 310; Dozier, *Nicaragua's Mosquito Shore*, pp. 158–159; y Rubén Sánchez, “Departamento de Choluteca”, en *Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura* (Honduras) 1: 9 (abril 1912), pág. 503); un municipio hondureño en el departamento de Colón clasificó a todos los residentes acaudalados como “capitalistas de primera clase”, “capitalistas de segunda clase” o “propietarios” y obligó a cada individuo a sembrar respectivamente 1,000, 600 o 300 árboles de hule al año, estrategia que generó una producción más bien insignificante de más o menos 2,000 libras de hule (Municipalidad de Balfate, “Nuevo patrimonio: cultivo del hule. Actas de la Municipalidad de Balfate, Departamento de Colón”, en *Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura* (Honduras) 1: 2 (Sept. 1911), pp. 82–88; y Crespo, “Departamento de Colón”).

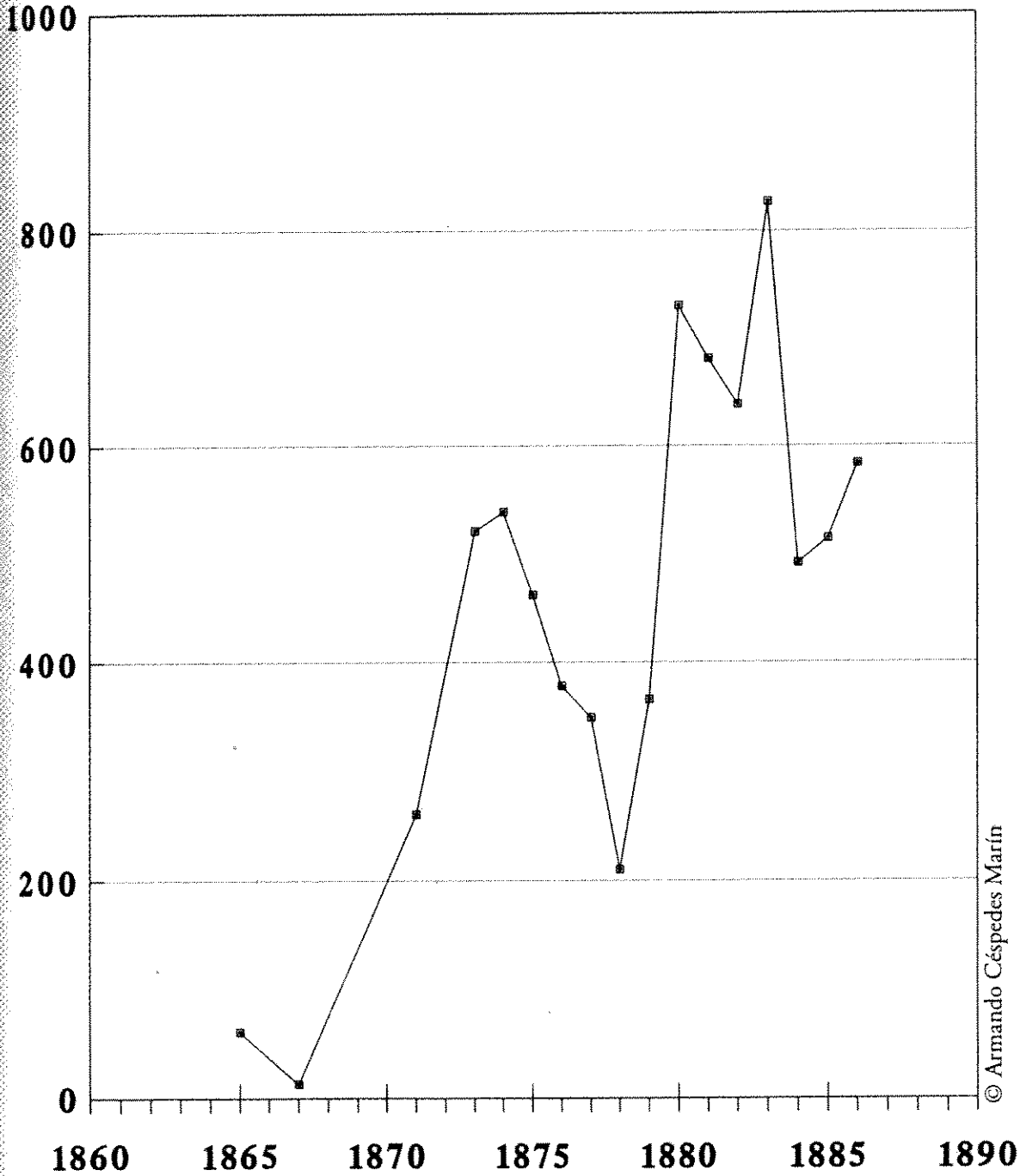
⁹ Thomas Belt, *The Naturalist in Nicaragua* (London: J. Murray, 1874), pp. 4 y 32–33; Dozier, *Nicaragua's Mosquito Shore*, pág. 116.

¹⁰ Pablo Lévy, *Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua* (Paris: Librería Española de E. Denné Schmitz, 1873), pp. 480–481.

¹¹ Blanca Muratorio, *The Life and Times of Grandfather Alonso: Culture and History in the Upper Amazon* (New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 1991); Michael Taussig, *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing* (Chicago: University of Chicago Press, 1987).

NICARAGUA: EXPORTACIONES DE HULE, 1865-1886

US \$ (miles)



© Armando Céspedes Marín

Fuente: Schoonover y Schoonover, "Statistics for an Understanding of Foreign Intrusions into Central America from the 1820s to 1930. Part III", en *Anuario de Estudios Centroamericanos* 17: 2 (1991), Cuadro 71.

estuvo cerca de exportar un millón de dólares en hule en un año.¹² En parte esto fue simplemente una cuestión de escala; todos los países centroamericanos juntos constituían apenas tres cuartos del tamaño de Texas, mientras que la cuenca del Amazonas ocupaba una extensa proporción del continente sudamericano. Las especies del género *Hevea* —especialmente la *Hevea brasiliensis*, fuente del “hule Pará” de la más alta calidad¹³ y de la mayor parte de la exportación del Brasil, el mayor productor— eran nativas únicamente del Amazonas central y del sur.¹⁴ La producción centroamericana se derivó exclusivamente de especies del género *Castilla*, coloquialmente conocido como “caucho”, y se vendía a precios más bajos.¹⁵ Hasta 1858, cuando las compañías estadounidenses enviaron expertos para evaluar las especies huleras de Centroamérica, y Nicaragua hizo su primer envío de látex a Nueva York, la mayoría de los especialistas consideraron que las especies *Castilla* eran inservibles,

¹² Thomas y Ebba Schoonover, “Statistics for an Understanding of Foreign Intrusions into Central America from the 1820s to 1930. Part III”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos* 17: 2 (1991), cuadro 71.

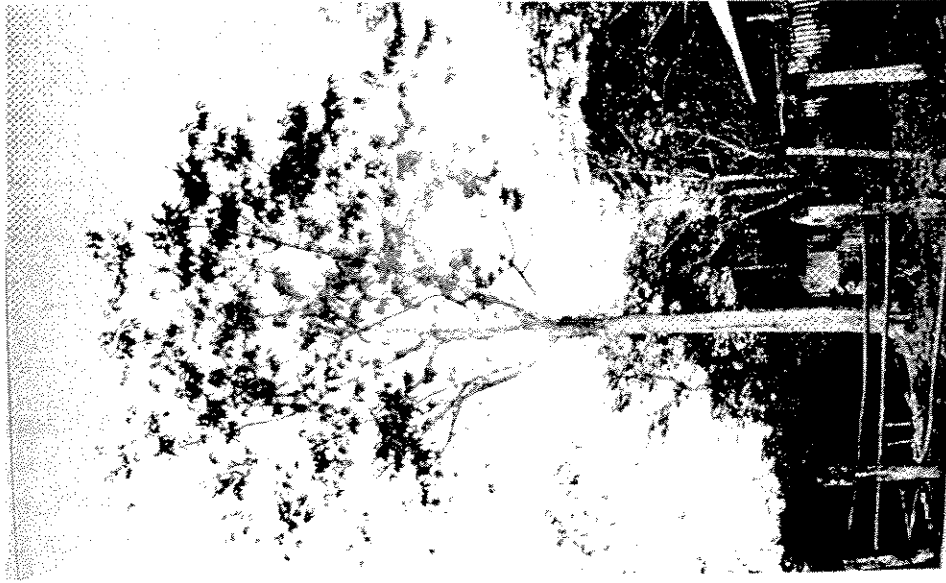
¹³ Schultes, “The Domestication of the Rubber Tree”, pp. 479–480.

¹⁴ Dean, *Brazil and the Struggle for Rubber*, pp. 2–3 y 38.

¹⁵ El género *Castilla* fue propuesto inicialmente en 1793 por un botanista español destacado en México, Vicente Cervantes (una traducción al inglés hecha en 1805 del informe de Cervantes nombró al género *Castilloa*, error que aún aparece con frecuencia en la literatura). Cervantes denominó *Castilla elastica* a la especie mexicana que describía. A finales del siglo XIX y a principios del XX, en la medida que el auge del hule tomaba fuerza, los botanistas identificaron por lo menos otras diez especies, algunas de ellas consideradas anteriormente como *Castilla elastica* Cervantes. La especie principal en la cuenca del río Frío y la del río San Juan fue *Castilla costaricana* Liebmann (Henry Pittier, “A Preliminary Treatment of the Genus *Castilla*”, en *Contributions from the United States National Herbarium* 13: 7 (1910), pp. 249 y 272). El estilo usual en botánica es identificar los nombres de las plantas con el género y especie en letra cursiva y el apellido de quien las descubrió en tipo normal.

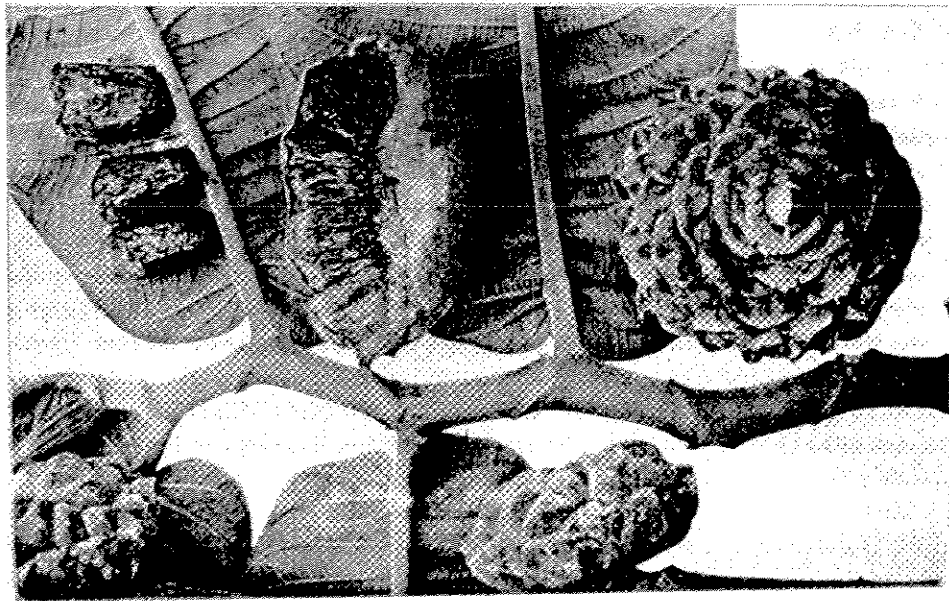
Los huleros del *Hevea* en el Amazonas también recolectaban látex de las especies *Castilla*, las cuales se encontraban en todo el Amazonas y al norte hacia Centroamérica y México (Barham y Coomes, “Wild Rubber: Industrial Organization”, pág. 46; Barbara Weinstein, *The Amazon Rubber Boom 1850–1920* (Stanford: Stanford University Press, 1983), pág. 26; John C. Yungjohann, *White Gold: The Diary of a Rubber Cutter in the Amazon 1906–1916* (Oracle, Arizona: Synergetic Press, 1989), pp. 50–54). Los huleros del Amazonas, solos o en pequeños grupos, generalmente trabajaban con árboles *Hevea*, los cuales generalmente crecían en las planicies inundadas por los ríos, únicamente durante la estación seca; si se sangraban adecuadamente, los árboles darían una producción decente año tras año. En la región del Amazonas, los árboles *Castilla* crecían en bosques interfluviales de tierras altas y en las zonas del norte fuera del rango del *Hevea* y podían ser

El árbol de hule centroamericano *Castilla costaricana* Liebmann



© Armando Céspedes Martín

CASTILLA COSTARICANA. LIEBM.



© Armando Céspedes Martín

Hojas y semillas de *Castilla costaricana* Liebmann

Fuente: Henry Pittier, "A Preliminary Treatment of the Genus *Castilla*", en *Contributions from the United States National Herbarium* 13: 7 (1910), pp. 247-279.

como en efecto lo eran algunas.¹⁶ En contraste con las *Hevea*, al extraer látex de las especies *Castilla*, los árboles generalmente morían.¹⁷

El río San Juan, la zona hulera más prometedoras en Centroamérica, corría desde el Lago de Nicaragua hacia el Atlántico; ya que una delgada franja de tierra era lo único que separaba al Lago del Pacífico, el San Juan se convirtió en una arteria clave para el transporte transistmico a principios del período colonial y en un punto importante de contienda geopolítica, primero entre Inglaterra y España, posteriormente entre Inglaterra y Nicaragua y después entre Nicaragua y Costa Rica.¹⁸ Durante la fiebre del oro en California, miles de mineros ambiciosos del este de los Estados Unidos viajaron por la ruta del San Juan, en aquel entonces la ruta más rápida para llegar a San Francisco. Para finales del siglo XIX, por todas partes se creyó que el río San Juan sería el sitio para hacer un canal centroamericano. Previo al inicio de la construcción del ferrocarril del Atlántico en la década de 1880, los ríos al noreste de Costa Rica, especialmente el Sarapiquí y el San Carlos, también

trabajados, generalmente por grupos de huleros, durante el año completo (como era el caso en Centroamérica). Este patrón de extracción durante todo el año fue un factor que hizo la explotación de los pueblos indígenas más intensa en las zonas con *Castilla* que en las zonas con *Hevea*.

¹⁶ Dozier, *Nicaragua's Mosquito Shore*, pág. 116; Pittier, "A Preliminary Treatment of the Genus *Castilla*", pág. 265.

¹⁷ El naturalista británico Thomas Belt explicó en la pág. 34 de *The Naturalist in Nicaragua*, que el árbol moría después de ser sangrado, porque el escarabajo arlequín (*Acrocisus longimanus*) depositaba sus huevos en los cortes que hacían los huleros y después las larvas hacían "grandes agujeros en todo el tronco".

"Esta... es una queja casi universal, desde África, América y Asia", escribió Adolphus Washington Greely en la *National Geographic Magazine*, "que la codicia y el descuido de los recolectores nativos, quienes buscan obtener las cantidades inmediatas más grandes por medio de los métodos menos laboriosos, están destruyendo rápidamente las plantas productoras de hule. Los árboles son talados o reciben incisiones tan profundas y toscas que mueren en poco tiempo" (A. W. Greely, "Rubber Forests of Nicaragua and Sierra Leone", en *National Geographic Magazine* 8: 3 (marzo 1897), pág. 83). El hecho de que Greely, un general y el primer oficial de comunicaciones del Ejército de los Estados Unidos, se interesara por el hule sugiere una preocupación temprana del Ejército por los materiales estratégicos. Su censura de la "codicia de los nativos" no se hizo extensiva, por supuesto, a aquéllos quienes compraban, financiaban y refinaban el látex.

¹⁸ El hule despertó el interés del Estado en las remotas fronteras boscosas en todas las Américas, causando conflictos territoriales violentos entre Brasil y Bolivia (y entre los estados brasileños de Pará y Amazonas), así como también disputas menores entre Venezuela, Colombia y Perú (Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin American History* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1978), pp. 99-102; y Weinstein, *The Amazon Rubber Boom*, pp. 192-212). Aunque el hule figuró hasta cierto grado en la

fueron de gran interés para aquéllos que buscaban una ruta para transportar café a la costa del Caribe.¹⁹ Los indígenas guatusos-malecus tuvieron la mala fortuna de vivir muy cerca de toda esta actividad, a lo largo del río Frío, un río más pequeño que corre hacia el norte de la cordillera volcánica de Costa Rica y se encuentra con el San Juan justo en el punto en que éste sale del Lago de Nicaragua (véase mapa).

EL PUEBLO INDÍGENA GUATUSO-MALECU

En un día despejado de 1780, el Padre Antonio Jáuregui y don José Ynsarraundiaga subieron a la cima del volcán cerca de la capital colonial de Costa Rica, Cartago. Apuntando su telescopio hacia el norte, se empeñaron en ver si podían “descubrir el lugar donde viven los indios guatusos”:

Y estando observando desde lo más eminente de dho-volcán [3,432 m], alcanzaron a ver y descubrir hacia el Norte unos llanos inmensos [cubiertos de] montañas y tres ríos caudalosos, q. naciendo en distintos parajes se unían en uno en medio del llano; y aunque vieron los dos mares del Norte [Atlántico] y Sur [Pacífico], no alcanzaron a ver humo ni sementeras, q. era lo q. deseaban.²⁰

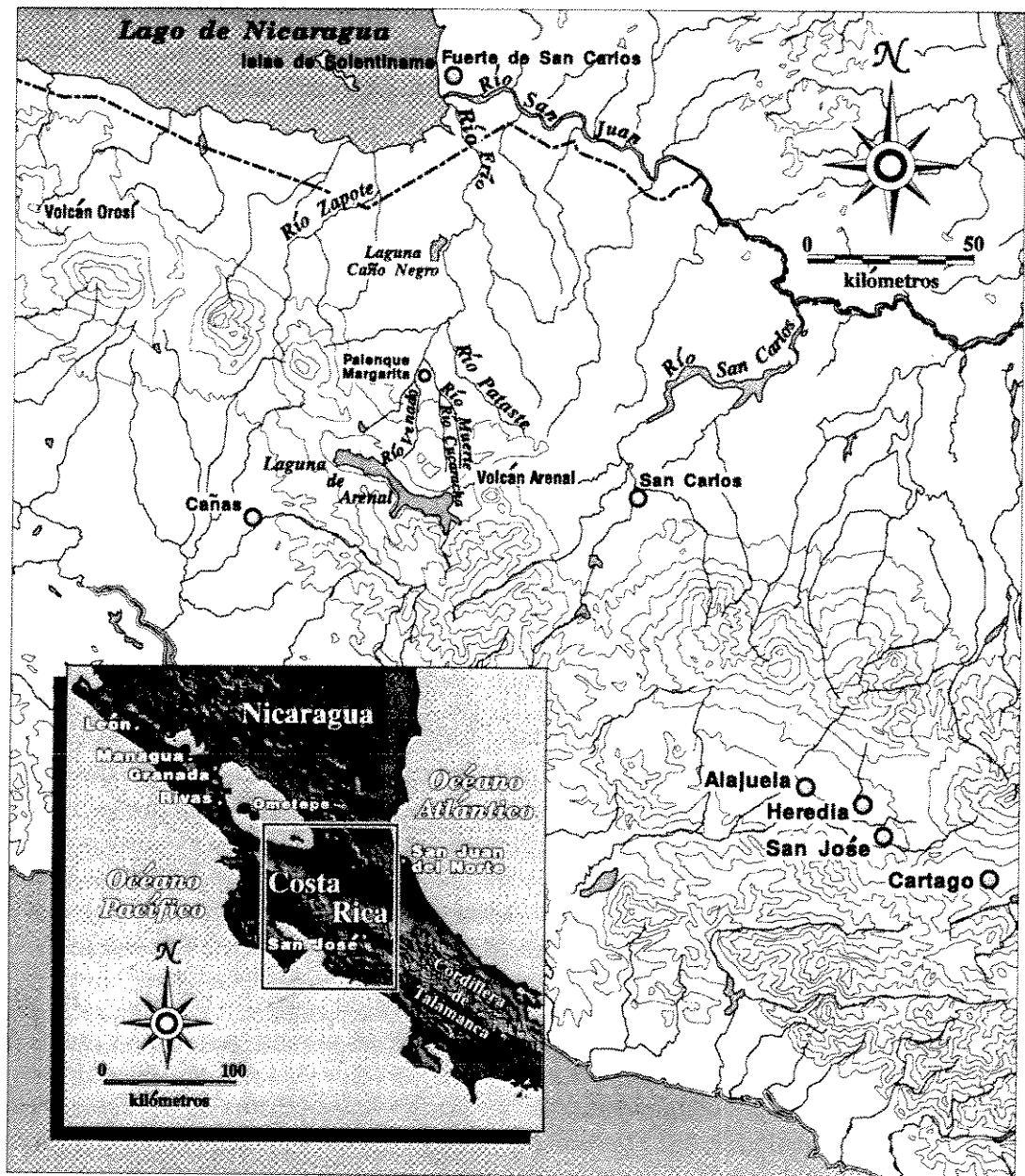
Hubo dos intereses interrelacionados que aparentemente incitaron a Jáuregui y a Ynsarraundiaga a subir el volcán: un ferviente anhelo de “descubrir”, “conquistar” y “asentar” a los indígenas paganos; y un creciente núme-

contienda entre Costa Rica y Nicaragua sobre la cuenca del río San Juan, particularmente con relación a los secuestros de esclavos guatusos por parte de los huleros, el potencial del río como arteria de transporte interoceánico y ruta de canal fue desde luego más importante (y, en efecto, la competencia geopolítica por el área antecedió el auge del hule por siglos). Sin embargo, tanto en Suramérica como en Centroamérica, estas controversias por las fronteras se convirtieron en oportunidades para crear y reforzar las identidades nacionales de las poblaciones fronterizas y del “interior”. Véase también Clotilde Obregón Quesada, *El Río San Juan en la lucha de las potencias (1821–1860)* (San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1993); y Luis F. Sibaja Chacón, *Nuestro límite con Nicaragua* (San José, Costa Rica: Instituto Tecnológico Don Bosco, 1974).

¹⁹ Paulino González, “Ruta Sarapiquí: historia sociopolítica de un camino”, en *Avances de Investigación* (Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica) 15 (1976), pp. 1–99.

²⁰ Antonio de la Fuente, “Don Antonio de la Fuente, Síndico General de los Conventos de San Francisco, pide que se levante una información sobre los trabajos realizados por los misioneros en el descubrimiento de los indios Guatusos.— Año de 1785”, en *Revista de los Archivos Nacionales* (Costa Rica) 2: 9–10 (1938 [1785]), pág. 546.

EL RÍO SAN JUAN Y EL CENTRO Y NORTE DE COSTA RICA



© Doug Williamson

ro de informes de las tres décadas anteriores de que dichos indígenas vivían en las selvas al este de la divisoria continental y al sur del río San Juan, específicamente en las “llanuras de Guatusa” (nombre que significa agouti [*Dasyprocta punctata*], un animal similar al conejillo de Indias, aunque más grande). La mayoría de estos relatos probablemente se referían a otros grupos

indígenas y no al pueblo que hoy se conoce como guatusos-malecus.²¹ No obstante, dos años antes de que Jáuregui e Ynsarraundiaga escalaran el volcán, un sacerdote español, Tomás López, remó río arriba por el río Frío en compañía de algunos nativos de Orosí, un volcán al sur del Lago de Nicaragua, y de Ometepe, una isla del Lago. Tan pronto como estos indígenas, de áreas cercanas a la cuenca del Frío, divisaron balsas guatusas en la orilla del

²¹ Gagini sugiere que a los indígenas se les llamaba “guatusos” porque se creía que tenían el cabello rojo como el agouti o “guatusa”. A mediados del siglo XVIII, varios misioneros exploraron regiones boscosas habitadas por los “guatusos” (Bernardo Augusto Thiel, *Datos cronológicos para la historia eclesíastica de Costa Rica*, 2ª edición (San José, Costa Rica: Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 1983), pp. 134, 186 y 192). Más o menos en la misma época, los residentes del pueblo costarricense de Esparta persiguieron a los indígenas que, según ellos, habían robado ganado de un lugar denominado “potrero de la Guatusa” en el “Cerro Guatuso” (de la Fuente, “Don Antonio de la Fuente”, pág. 546; Carlos Gagini, *Los aborígenes de Costa Rica* (San José: Trejos Hermanos, 1917), pp. 80–81). Cerca del río Zapote encontraron escondites de ganado y huesos, así como también una variedad de artículos de tecnología europea, incluyendo “siete guitarras mal forjadas” (“Información hecha con motivo de la entrada de fray José Miguel Martínez y fray José de Castro á las montañas de los indios Guatusos.— Año de 1756”, en *Documentos para la Historia de Costa Rica*, León Fernández, editor (Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1907 [1756]), IX, pág. 518). Otra explicación del nombre de los indígenas guatusos se deriva de la captura, en el Cerro Guatuso en 1761, de cuatro mujeres indígenas, a quienes llamaron “guatusas” (fuentes como Thiel, *Datos cronológicos*, pág. 192 las describen como “zambas”, sugiriendo que eran de descendencia mixta indígena y africana). Afirman que fueron cristianizadas por Clemente Adán, un sacerdote que años antes había huido hacia el bosque después de reñir con sus superiores (Elado Prado, *La orden franciscana en Costa Rica*, 2ª edición (San José: Editorial Costa Rica, 1983 [1925]), pp. 318–320).

No obstante, es casi seguro que estos indígenas ladrones de ganado y las “zambas” cristianas no eran guatusos-malecus. Hasta cerca de 1930 y la obra de Conzemius (Edward Conzemius, “Une tribu inconnue du Costa Rica: les indiens Rama du rio Zapote”, en *L'anthropologie* 40 (1930), pp. 93–108), el término “guatuso” se aplicaba no sólo a los guatusos-malecus, sino a otro grupo, ahora extinto, de ramas que vivían en la zona del río Zapote. Esto fue al oeste del río Frío, más accesible a las colonias españolas y más cerca a la mayoría de los sitios de los supuestos ladrones de ganado. El idioma y tecnología de los guatusos-malecus, incluso a finales del siglo XIX, sugieren un grado sorprendentemente alto de aislamiento tanto de los blancos-mestizos como de los grupos indígenas cercanos. La evidencia genética y lingüística reunida durante las últimas dos décadas sugiere fuertemente que los guatusos-malecus no eran, como algunos historiadores afirmaron (por ejemplo, Paulino González, “La conquista”, en *Las instituciones costarricenses: de las sociedades indígenas a la crisis de la república liberal*, Jaime E. Murillo, editor (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1989), pp. 112–113), descendientes recientes de otros grupos indígenas que buscaron refugio a lo largo del río Frío después de la conquista (Oscar M. Fonseca y Richard G. Cooke, “El sur de América Central: contribución al estudio de la región histórica chibcha”, en Robert M. Carmack, editor, *Historia antigua*,

río “se llenaron de temor” y se rehusaron firmemente a seguir adelante, terminando así la expedición.²²

En 1783, el Padre López se unió a otro esfuerzo por encontrar a los guatusos, esta vez bajo la dirección del obispo de Nicaragua y Costa Rica, don Esteban Lorenzo de Tristán. Cuando los misioneros habían avanzado por el río Frío, y después de que el entusiasta López había continuado acompañado únicamente por un sirviente y un “intérprete” de Solentiname, los indígenas atacaron “con muchas flechas”. Tristán y su grupo, incluyendo a varios heridos, huyeron hacia Granada, asumiendo que López estaba muerto, ya que la última vez que lo vieron se dirigía solo hacia el bosque, crucifijo en mano, en medio del ataque guatuso y “no ha salido y no han habido más noticias de él”.²³

En 1850, Trinidad Salazar, el comandante del Fuerte de San Carlos, situado en el punto en que el río San Juan sale del Lago de Nicaragua, trató de subir por el río Frío para llegar a territorio guatuso. En el sexto día, un grupo grande de indígenas atacó a su unidad, hiriéndolo de gravedad y provocando una rápida retirada. Pocos meses después, hablando con el diplomático estadounidense Ephraim Squier, “hizo... un relato entusiasta de la belleza del río [río Frío], y de la fertilidad y exuberancia de sus orillas”. Se lamentó de “que un río de esta magnitud, y la amplia extensión de campo a su alrededor, sean totalmente desconocidos, [lo cual] parecería demostrar qué tanto falta por descubrir en Centro América”.²⁴

tomo I de la *Historia general de Centroamérica*, 6 tomos, Edelberto Torres-Rivas, coordinador general (Madrid y San José, Costa Rica: Sociedad Estatal Quinto Centenario, FLACSO, 1993), pp. 219–221). Tampoco existe ninguna comprobación de la existencia de guatusos “blancos y barbudos”, que se decía eran descendientes de los españoles que huyeron hacia el interior después de los ataques piratas en la costa en el siglo XVII; véase, por ejemplo, Alberto Quijano Quesada, *Costa Rica de ayer y hoy 1800–1939* (San José: Editorial Borrás Hermanos, 1939), pág. 401. Véase también Helia Betancourt de Sánchez y Adolfo Constenla Umaña, “La expedición al territorio de los guatusos: una crónica colonial hispana y su contraparte en la tradición oral indígena”, en *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 7: 1–2 (1981), pág. 20; y Conzemius, “Une tribu inconnue du Costa Rica”, pág. 94.

²² de la Fuente, “Don Antonio de la Fuente”, pág. 547.

²³ de la Fuente, “Don Antonio de la Fuente”, pág. 547; véase también Betancourt de Sánchez y Constenla Umaña, “La expedición al territorio de los guatusos”, pp. 30–32; Bernardo Augusto Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica* (San José: Imprenta y Librería Trejos Hermanos, 1927), pág. 110.

²⁴ E. G. Squier, *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Interoceanic Canal* (New York: D. Appleton & Co., 1852), pág. 117.

El río Frío siguió siendo “totalmente desconocido”, desde luego, en gran parte debido a la fiera determinación de sus habitantes de repeler a los extraños. Seis años después de la derrota de Salazar en manos de los guatusos, diecinueve tropas costarricenses bajo el mando de Pío Alvarado viajaron por el río Frío en un esfuerzo de alcanzar el río San Juan y reconocer el Fuerte de San Carlos, el cual había sido capturado por los filibusteros esclavistas de William Walker durante su invasión en Centroamérica. Cuando los soldados de Pío Alvarado casi habían llegado a la boca del río, envió a doce hombres adelante y

fué atacado repentinamente por una partida de indios. Como á la distancia de 15 pasos, oyóse un mugido salvaje, parecido al grito sordo del [mono] congo é inmediatamente cayó una verdadera lluvia de flechas. El ataque se hizo en forma de falange por unos 80 hombres, que parecían todos jóvenes y que tenían á su cabeza á un jefe que se distinguía por un adorno de plumas... Las flechas tenían como dos varas de largo y estaban hechas de una caña con una punta de una especie de palmera, de madera muy dura (Pejiballe); tenían un gancho barbado, pero no estaban envenenadas. Apenas se sintieron heridos por las flechas de los indios, dos de los más valientes compañeros de Pío, se arrojaron sobre ellos con sus cuchillos y mataron á algunos, haciendo huír á los demás. Esto permitió á Pío preparar su retirada con su gente, sin ser perseguido más por los indios. El temor de un segundo ataque dió á los de la expedición tanta velocidad que no pararon día y noche, lo que era bastante difícil, porque el mismo Pío estaba enfermo de calentura y los dos hombres que habían sido heridos por las flechas de los indios quedaron de tal manera, hasta el punto de tener que ser llevados. Los doce compañeros que Pío había mandado adelante, habían tenido que soportar un ataque parecido..., pero se habían librado pronto de los indios, disparándoles algunos tiros.²⁵

La descripción que hiciera Squier de los guatusos en 1850 como “totalmente desconocidos” fue repetida por el obispo Thiel más de tres décadas después, cuando preparaba su propia expedición para cristianizar a los indíge-

²⁵ A. von Frantzius, *La ribera derecha del Río San Juan (una parte casi desconocida de Costa Rica)*, traducido por P. Biolley (San José, Costa Rica: Tipografía Nacional, 1895 [1862]), pág. 34. Véase también la nota editorial de Fernández en William M. Gabb, “Tribus y lenguas indígenas de Costa-Rica”, en *Documentos para la Historia de Costa Rica*, León Fernández, editor (San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1883 [1875]), III, pp. 304–305. En 1869, un participante posterior en la expedición de Thiel en 1882, el coronel Quesada, entró en territorio guatuso desde las faldas del Volcán Tenorio, pero también fue atacado y se retiró rápidamente (Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1276 (2 de junio de 1882), pág. 1).

nas.²⁶ Sin embargo, a pesar de la abundancia de mitos acerca de indígenas con “piel clara y cabello rojo” de “fuerza enorme” y valientes mujeres guerreras “tan blancas como las mujeres inglesas”,²⁷ para la década de 1870 se tenía cierto grado de conocimiento acerca de los problemas de los guatusos con los huleros. En 1874, el ingeniero en minería y naturalista británico Thomas Belt, quien viajó varias veces por el río San Juan, describió a “los indígenas salvajes del Río Frío” (pág. 32) con aquella extraña combinación de racismo biologizado, indiferencia empírica e indignación empática tan típica de los científicos europeos y norteamericanos del siglo XIX en Latinoamérica:

Se han contado [las] más fabulosas historias acerca del Río Frío y sus habitantes; historias de grandes ciudades, ornamentos dorados y gente de cabello claro... Les llaman los Guatuses [sic] y se dice que tienen cabello rojo o de color claro y rasgos europeos...; pero, desafortunadamente para estas especulaciones, algunos niños, e incluso adultos, han sido capturados y traídos a través del río por los Ulleros [sic], y todos éstos tienen los rasgos físicos usuales y el cabello negro y grueso de los indígenas. Un pequeño niño que el Dr. Seemann y yo vimos en San Carlos, en 1870, tenía unos cuantos cabellos parduscos entre el gran volumen de negros; pero esta característica puede encontrarse entre muchos indígenas, y puede ser resultado de una leve mezcla de sangre extranjera. En total he visto cinco niños del Río Frío y un joven de alrededor de dieciséis años, y todos tenían el cabello y los rasgos indígenas comunes;

²⁶ Casi un siglo después de la expedición de Thiel, Franklin Loveland (“Afterward: Anthropological Research in Lower Central America”, en *Frontier Adaptations in Lower Central America*, Mary W. Helms y Franklin O. Loveland, editores (Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 1976), pág. 166) escribió en un rasgo similar: “Sabemos muy poco acerca de los guatusos y los pueblos del noreste de Costa Rica. Es imperativo que nos esforcemos por adquirir un conocimiento básico de estos pueblos antes de que sus idiomas y estilos de vida sean transformados como resultado de un contacto acelerado y un rápido cambio social”.

Es un triste comentario acerca de las inclinaciones ahistóricas de gran parte de la antropología contemporánea, que sin saberlo Loveland, el “contacto acelerado y el rápido cambio social” que temió habían “transformado” por completo los “estilos de vida” de los guatusos hacía más de cien años. Sin embargo, el relato de Thiel y las otras fuentes que aquí se utilizan, mientras permiten un mejor entendimiento de la experiencia trágica de los guatusos, tienen una serie de limitaciones obvias, entre ellas que la “historia” todavía llega con la penetración exterior en territorios nativos.

²⁷ Gabb, “On the Indian Tribes”, pág. 484; Gagini, *Los aborígenes de Costa Rica*, pág. 81; y Samuel Kirkland Lothrop, *Pottery of Costa Rica and Nicaragua* (New York: Museum of the American Indian-Heye Foundation, 1926), I, pág. 17.

aunque se me ocurrió que parecían más inteligentes que la generalidad de indígenas.²⁸

Belt agregó que algunos de los huleros “más aventureros”, “subieron por el Río Frío, y estando bien provistos con armas de fuego, las cuales usaban sin misericordia, pudieron desafiar a los pobres indígenas, armados únicamente con lanzas, arcos y flechas, y obligarlos a internarse en los bosques... Los Ulleros”, continuó,

se apresuran a la orilla y se apoderan de todo lo que los pobres fugitivos han dejado atrás; y en algunos casos estos últimos no han podido llevarse a sus niños, los que han sido llevados como trofeos a San Carlos. La excusa para robarse a los niños es que pueden ser bautizados y cristianizados.²⁹

Pocos años después, William Gabb, geólogo estadounidense que pasó cerca de dos años explorando la región sur de Talamanca, publicó un estudio de los grupos indígenas de Costa Rica. Aunque en realidad nunca visitó a los guatusos, de hecho realizó un esfuerzo considerable para entrevistar a aquéllos que sí lo habían hecho. Denunciando el “mal trato, robo y masacre” que sufrían los indígenas, también se refirió a “un niño [guatuso], ahora muerto, [quien] vivió por un tiempo en Alajuela [Costa Rica]”. Los residentes de Alajuela, describiendo al niño como “hosco”, observaron que cuando se le preguntaban “los nombres en su idioma de las cosas con las que estaba familiarizado, tales como plátano o banano, siempre se quedaba callado, y ni siquiera coaccionándolo o amenazándolo se le podía sacar palabra”.³⁰

Antes de partir en su misión de 1882 con destino a territorio guatuso, el obispo Thiel sin duda estaba consciente de los relatos de Gabb y otros de la tragedia que ocurría en el río Frío y sus tributarios, al menos porque su amigo abogado León Fernández había preparado una traducción al español del trabajo de Gabb para su antología de varios volúmenes de los documentos históricos costarricenses, cuyo primer tomo apareció en 1881. En el prefacio del

²⁸ Belt, *The Naturalist in Nicaragua*, pp. 37–38.

²⁹ Belt, *The Naturalist in Nicaragua*, pp. 39–40. En la pág. 32 de la misma obra, Belt también observó que un tal coronel M'Crae, un nicaragüense naturalizado de origen británico residente en El Castillo, en el río San Juan, se había “distinguido durante el estallido revolucionario de 1869 [el levantamiento militar Martínez-Jérez]. Reunió a los huleros y se presentó para ayudar al gobierno [nicaragüense], contribuyendo en gran medida a sofocar la insurrección”. Esta militarización de los huleros fue probablemente la precursora de las incursiones organizadas río arriba en el río Frío que subyugaron a los guatusos-malécus.

³⁰ Gabb, “On the Indian Tribes”, pág. 485.

ensayo de Gabb, Fernández hizo una descripción siniestra del comercio de esclavos guatusos y estimó que “hoy existen cerca de trescientos de estos indígenas, vendidos en diferentes pueblos de Nicaragua”. Continuó afirmando que “el tráfico de esclavos hubiera continuado si no fuera por los esfuerzos y actividad de nuestro filantrópico e ilustrado obispo de esta diócesis, don Bernardo Augusto [sic] Thiel”.³¹

Sin embargo, incluso tan tarde como en 1882, después de más de una década de incursiones de los huleros, los guatusos-malecus parecían haber tenido únicamente contacto esporádico con extraños. El obispo Thiel, quien tomó la descripción etnográfica con la seriedad de un intelectual alemán de su época, observó que sus únicas herramientas de metal parecen haber sido “algunos machetes de hierro quebrados, que los indígenas probablemente se los habían robado a los huleros y, para que dos pudieran utilizarlo, los habían partido en dos”.³² El resto de su cultura material era tradicional e indígena: redes grandes, canastas, vasijas cerámicas y de calabaza y hamacas, todo elaborado por las mujeres; machetes de madera y palos para escarbar; varias clases de plantas medicinales; enormes viviendas o palenques con techos de paja bien contruidos. Varias fuentes³³ indican que utilizaban las fibras del plátano sumergidas en látex crudo como antorchas o candelas. Tenían siembras bastante grandes de yuca, maíz, cacao y caña de azúcar, algunos cultivaban algodón y tabaco (el cual los participantes en la misión de 1882 se fumaron “por curiosidad”) y plantaciones de plátano “inmensas”, del cual preparaban chicha fermentada en vasijas cerámicas de tres pies de alto.³⁴

³¹ En Gabb, “Tribus y lenguas indígenas de Costa-Rica”, pp. 306–307.

³² Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio). Los informes acerca de los soldados costarricenses que penetraron el territorio guatuso en 1856 mientras buscaban el río San Juan no mencionan en ningún momento herramientas de metal, aunque hacen alusión a algunas hachas de piedra y varios otros artículos, muchos de ellos similares a los descritos posteriormente por Thiel informó (von Frantzius, *La ribera derecha del Río San Juan*, pág. 33). Belt informó en *The Naturalist in Nicaragua*, pág. 41, haber obtenido “una tosca hachuela de piedra, insertada en un mango de madera cortado con piedra” que los huleros le habían “pillado” a los indígenas (“Bien hecha”, dijo, “en ‘Ancient Stone Implements’, pág. 140, de Evans, aunque en el texto se afirma erróneamente que es de Texas”). Gabb escribió en “On the Indian Tribes”, pág. 485, que los guatusos “tenían hachas de piedra insertadas en mangos de madera [y] buenos machetes de metal (todos están de acuerdo en que los han visto, pero ¿dónde los adquieren?)”.

³³ Por ejemplo, von Frantzius, *La ribera derecha del Río San Juan*, pág. 33.

³⁴ Véanse de Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1278 (4 de junio de 1882), pág. 1; y “Secretaría de Culto” (7 de junio).

El relato que hizo Thiel de los guatusos es igual a otras representaciones contemporáneas de los "primitivos" en cuanto a que asume que sufrían vidas de trabajo arduo y sin remuneración. Describiendo árboles de más de una yarda de grosor que los guatusos habían derribado con "miles de golpes de machete", declaró "¡Es increíble cuánto trabajan estas desdichadas almas!".³⁵ Al mismo tiempo, la narrativa de Thiel hace alusión a lo que pudo haber sido algo de una "sociedad opulenta original", con abundancia de alimentos y tiempo libre.³⁶ "Los indios", informó, "trabajan los plataneros en común, en grupos de 40 a 50 individuos. Se dividen en dos grupos que se alternan, [cada uno] siempre trabajando dos horas y [después] descansando otras dos".³⁷

A pesar de la atribución imaginativa de turnos de trabajo constantes que le dio Thiel a los nativos, la vida en el territorio guatuso probablemente no fue tan "dura" o "desdichada" como el obispo la describió —al menos antes de la llegada de los huleros. La caza y la pesca sin duda eran abundantes y los plátanos requieren de tan poca atención que, en Nicaragua y en áreas cercanas de Costa Rica alrededor de esta época, las élites los consideraban (junto con la yuca) como el cultivo prototípico de los "vagabundos" perezosos e incluso contemplaron su prohibición.³⁸

³⁵ Thiel, "Secretaría de Culto" (7 de junio).

³⁶ En 1896, en un relato de su quinta y última visita al territorio guatuso, el comentario de Thiel no fue que los indígenas trabajaban duro, sino que "todos llevan una vida holgazana, contentándose con andar mal vestidos y peor alimentados" (*Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 108). Véase también Marshall Sahlins, *Stone Age Economics* (Chicago: Aldine, 1972), pp. 1-39.

³⁷ Thiel, "Secretaría de Culto" (7 de junio).

³⁸ Aparentemente Thiel reconoció más adelante que los guatusos no tenían que trabajar tan duro, aunque no reconoció este hecho como una cualidad positiva; al relatar la visita que les hizo a los guatusos en 1896, en repetidas ocasiones los describió como "perezosos" (*Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 127, 141 y 149). "Entre ellos no se conoce ninguna clase de moneda ni cosa conocida para su comercio, que tampoco lo tienen, contentándose con los plátanos y la yuca, que nada les cuesta sino el cortarlos" (*Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 117). También comentó que mientras los hombres vivían "una vida holgazana", las mujeres "no descansan", cocinando (lo que en 1882, dice, era tarea de los hombres), acarreado cargas pesadas y cuidando a los niños (*Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 128). Véanse también Amaru Barahona Portocarrero, "Breve ensayo sobre la historia contemporánea de Nicaragua", en *América Latina: historia de medio siglo*, Pablo González Casanova, editor, *Centroamérica, México y el Caribe* (México: Siglo XXI, 1981), II, pág. 379; Belt, *The Naturalist in Nicaragua*, pág. 40; y Pánfilo J. Valverde, *Industria pecuaria: la cría de ganado y el abigeato en la Provincia de Guanacaste* (San José, Costa Rica: Tipografía Nacional, 1907), pág. 20.

GRUPO DE GUATUSOS-MALECUS
VESTIDOS CON MASTATES Y SOMBRERO TIPO SALACOT



La fotografía original se encuentra en el Museo Nacional de Costa Rica. Probablemente fue publicada por primera vez en Montero Barrantes, *Geografía de Costa Rica* (Barcelona: Tipografía Literaria de José Cunil Sala, 1892) y tomada entre 1882 y 1892.

Si la etnología de Thiel es o no confiable en todos sus detalles, sus descripciones, así como el conocimiento académico más reciente,³⁹ sugieren que la cultura guatuso-malecu compartió muchas características con los grupos indígenas tradicionales de las tierras bajas de Sudamérica.⁴⁰ Casi con toda

³⁹ Adolfo Constenla Umaña, *Laca majifijica: la transformación de la tierra* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993), pág. 4; Fonseca y Cooke, "El sur de América Central", pág. 221; Frederick Johnson, "Central American Cultures: An Introduction", en *Handbook of South American Indians*, Vol. 4, *The Circum-Caribbean Tribes*, Julian H. Steward, editor (New York: Cooper Square Publishers, 1963), pp. 55-56.

⁴⁰ Entre éstas se incluía un idioma chibcha, lejanamente relacionado con los que se hablaban en el norte de Colombia; una horticultura basada en los tubérculos y el plátano y el consumo de grandes cantidades de bebidas fermentadas; viviendas multifamiliares de gran tamaño; entierros dentro o cerca de las casas de los difuntos y una amplia variedad de técnicas de caza y pesca.

seguridad eran matrilocales,⁴¹ lo que ayudaría a dar razón de su habilidad de movilizar grandes equipos de defensa compuestos de hombres emparentados de diferentes aldeas. Y, al igual que otras poblaciones amerindias relativamente aisladas, tenían poca o ninguna inmunidad a las enfermedades a las que se vieron expuestos después de que los huleros y posteriormente los misioneros invadieron su territorio.

LA CRUZADA DE SU MÁS ILUSTRE SEÑORÍA,
BERNARDO AUGUSTO, OBISPO DE COSTA-RICA

¿Quién fue el “obispo filantrópico e ilustrado” que, según León Fernández, puso fin al tráfico de esclavos guatusos? Nacido en Renania y educado en un riguroso colegio alemán, Bernardo Augusto Thiel (1850–1901) se unió a la orden de San Lázaro justo a tiempo para ser desterrado de Alemania en la campaña *Kulturkampf* de Bismarck en 1873, como se denomina al conflicto entre el Estado y la Iglesia católica. El año siguiente le asignaron un puesto en Ecuador, pero, después de tres años, una revolución liberal anti-clerical en el lugar lo obligó a salir rumbo a Costa Rica, donde fue nombrado obispo en 1880.⁴² Exiliado dos veces antes de cumplir los treinta años (sería expulsado una vez más, de Costa Rica, en 1884, regresando dos años después), Thiel aparentemente desarrolló una aversión especialmente fuerte por “la masonería y el liberalismo”, lo cual impulsó en él un intenso entusiasmo misionero.⁴³

Poco después de su nombramiento como obispo, Thiel inició una serie de expediciones a las regiones periféricas de Costa Rica, donde todavía habitaban pueblos indígenas no asimilados.⁴⁴ El éxito que tuvo en estas primeras cruzadas pudo haberlo llevado a confiar demasiado en su capacidad como misionero, así como su fluidez en varios idiomas europeos y su familiaridad con los pocos léxicos indígenas costarricenses existentes pudo haberlo hecho sobrestimar su habilidad para hablar guatuso y otros idiomas nativos. En una excursión de enero de 1882 hacia el sur de Costa Rica, según informó sin ningún indicio de ironía o auto-conciencia, encontró a dos indígenas viceitas (talamancas) y los saludó “en su propio idioma”, preguntándoles de dónde

⁴¹ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 140.

⁴² Víctor M. Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel, segundo obispo de Costa Rica (apuntamientos históricos)* (San José: Imprenta Lehmann, 1941), pp. 14–40.

⁴³ Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel*, pág. 26.

⁴⁴ Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel*, pp. 445–451.

BERNARDO AUGUSTO THIEL EN LOS PRIMEROS AÑOS DE SU EPISCOPADO



Óleo de la época, Curia Metropolitana, San José. Fuente: Ricardo Blanco Segura, *1884: El Estado, la Iglesia y las reformas liberales* (San José: Editorial Costa Rica, 1984).

eran y qué estaban haciendo. Uno de los viceitas contestó las preguntas del obispo en español. El otro respondió, “yo no hablar inglés”.⁴⁵

Thiel se había enterado de la precaria situación de los guatusos a través del trabajo de Gabb y Fernández, así como también por la familia Quesada, cuyas propiedades colindaban con el territorio de los indígenas.⁴⁶ La inspiración para encontrarse con los guatusos durante su primera expedición se derivó no sólo del éxito de sus misiones previas en el sur de Costa Rica, sino

⁴⁵ Thiel, “Secretaría de Culto” (17 de junio), pág. 2.

⁴⁶ Véase Betancourt y Constenla, “La expedición al territorio de los guatusos”, pág. 21. En la década de 1870, Fernández pasó por San Juan del Norte (Carlos Meléndez, “Introit”, en *Historia de Costa Rica durante la dominación española 1502–1821*, León Fernández, 2ª edición (San José: Editorial Costa Rica, 1975), pág. 9), donde bien pudo haberse enterado por fuentes de primera mano de la situación de los guatusos-malecus.

también del factor simbólico que tenía una resonancia poderosa para Thiel: en 1882 se cumplirían exactamente cien años desde la fracasada incursión del obispo Tristán, en la cual el padre Tomás López se había desvanecido en la selva después de decirle a su sirviente y a su intérprete que huyeran en medio de un ataque guatuso.⁴⁷

Durante los preparativos para encontrarse con los guatusos en su expedición, Thiel asignó a Ramón Quesada, un hacendado del asentamiento periférico de San Carlos, Alajuela, para que abriera un camino hacia el noroeste, “vereda que debía conducir infaliblemente á los palenques de los indios”.⁴⁸ A finales de la estación seca, el lunes de Pascua de Resurrección, el 10 de abril, Thiel partió rumbo a San José. Dos días después su grupo atravesó el último de los “hermosos potreros” de Quesada, cruzó el río Peñas Blancas y se adentró en territorio guatuso, donde halló la choza de un hulero en la que podía pasar la noche.⁴⁹

La expedición consistió de 37 personas: el obispo Thiel; León Fernández, abogado e historiador “que se encargó de la parte científica”; José María Figueroa, talentoso ilustrador a cargo del estudio geográfico; el hacendado de San Carlos, Ramón Quesada, y ocho miembros de su familia; Francisco Pereira, sacerdote y secretario de Thiel; el coronel Concepción Quesada y una unidad militar conformada por diez soldados rasos, un corneta y un ordenanza; tres “indios” de Tucurrique, comunidad indígena cercana a Cartago, pacificada e hispanizada poco después de la conquista del siglo XVI, quienes estaban “armados con flechas y lanzas para proveer á la expedición de pescado fresco que abunda en todos estos ríos”;⁵⁰ un guatuso —sin nombre— quien debía servir como intérprete;⁵¹ “un hulero conocedor de los caminos y veredas de los indios”; y dos muleros a cargo de los 17 caballos y ocho mulas de la expedición. El grupo estaba bien armado con 14 rifles y 12

⁴⁷ Betancourt y Constenla, “La expedición al territorio de los guatusos”, pp. 30–31; Thiel, “Secretaría de Culto” (2 de junio).

⁴⁸ Thiel, “Secretaría de Culto” (2 de junio).

⁴⁹ Thiel, “Secretaría de Culto” (3 de junio).

⁵⁰ A principios de la década de 1870, el presidente Tomás Guardia riñó con León Fernández, su cuñado, y lo condenó a exilio interno en Tucurrique, donde pudo haber conocido a los “indios” que acompañaban al obispo a territorio guatuso.

⁵¹ El nombre de este individuo guatuso no sólo no se menciona, sino su presencia es inexplicada. Probablemente era uno de los pocos guatusos parcialmente hispanizados, la mayoría antiguos cautivos, quienes terminaron en pueblos costarricenses en los años antes de que partiera la expedición de Thiel (Betancourt y Constenla, “La expedición al territorio de los guatusos”, pág. 21).

escopetas. "Para resguardarnos contra un ataque nocturno", escribió Thiel, "llevamos seis perros acostumbrados á la montaña".⁵²

En su primer día lejos de la civilización, la expedición se perdió y terminó avanzando no más de tres millas. Al día siguiente, después de la misa del domingo, adelantó más, a pesar de haber tenido que construir un puente de quince pies sobre uno de los tantos ríos, tarea en la que todos contribuyeron, "aún Su Señoría Ilustrísima". El lunes encontraron los primeros rastros indígenas y un miembro del grupo le disparó e hirió a "un zahino que, acosado por los perros, se lanzó sobre el camino por donde todos venían; pasó entre los pies del Ilustrísimo Señor Obispo, recibiendo varios machetazos de parte de los soldados". Esto proporcionó carne para la cena, preparada en un refugio abandonado encontrado en el bosque.⁵³

A las cuatro de la tarde del martes, después de avanzar ocho millas y media por terreno difícil, la expedición llegó al río Pataste, donde encontró una plantación indígena de plátano y varias trampas, una de las cuales tenía tres yardas y media de profundidad y una y media de diámetro y todas escondidas "con tal esmero, que uno de la comitiva hubiera caído en uno de estos hoyos si otro más avisado no le hubiese prevenido".⁵⁴

Un día después, la expedición llegó al final del camino que Ramón Quesada había labrado en la jungla.⁵⁵ Dejando atrás los caballos y las mulas, Thiel avanzó primero con una escolta de diez y después sólo con el coronel Quesada y el intérprete guatuso. Eventualmente encontraron varias casas grandes con alrededor de veinte centros de cocina y "señales frescas" de los nativos. Reuniéndose con los otros miembros del grupo avanzado, el obispo se dedicó en cuerpo y alma al papel de explorador, abriendo el camino macheteando los árboles y haciéndose en el proceso "una herida bastante profunda". Pronto, desde lo alto de una colina, divisaron tres grandes palenques o casas. Encontrando la comunidad abandonada, se aprovecharon de la ausencia de los habitantes para preparar café, decir una oración y examinar y medir los edificios y utensilios.

No fue sino hasta el jueves, el sexto día de expedición, que el grupo finalmente vio a los guatusos. Primero, el guía hulero informó que "él perci-

⁵² Thiel, "Secretaría de Culto" (3 de junio).

⁵³ Thiel, "Secretaría de Culto" (3 de junio).

⁵⁴ Thiel, "Secretaría de Culto" (4 de junio). En 1856, los miembros de la unidad militar costarricense que atravesaban el territorio guatuso con frecuencia caían dentro de estas trampas (von Frantzius, *La ribera derecha del Río San Juan*, pág. 33).

⁵⁵ Thiel, "Secretaría de Culto" (4 de junio).

bía el olor de indios que recientemente debían haber pasado”.⁵⁶ Después, siguiendo sus indicaciones, los exploradores hallaron un nuevo platanar y el cabello de algún indígena que se había hecho un corte recientemente. En poco tiempo localizaron un grupo de diez casas pequeñas, con unos treinta fuegos todavía ardiendo y enormes montones de plátanos. Un sólo indígena que se había quedado a cargo de vigilar el lugar salió huyendo y aunque “lo llamamos en su idioma para que se aproximara, fue imposible [y] desapareció”.⁵⁷

Un día después, a las 5:30 de la tarde, Thiel, acompañado de los dos indígenas hispanizados de Tucurrique, regresó de una agotadora jornada exploratoria a través de la selva. Cuando cruzaban un amplio pastizal, escucharon

los gritos y cantos de los indios que estaban en fiesta tocando el tamborillo y bebiendo chicha; otros estaban aporreando el mastate á poca distancia de ellos; el indio que estaba de espía corrió por el gamalotal y desapareció. Su señoría viéndose solo con los dos Tucurriques no juzgó prudente acercarse á los indios, que tal vez le hubieran recibido mal.⁵⁸

El sábado 22 de abril, Thiel continuó su búsqueda de los escurridizos guatusos, acompañado por el abogado historiador León Fernández, el coronel Quesada y otros cuatro miembros del grupo; otros participantes de la expedición se pusieron en camino para explorar el área donde se habían escuchado los tambores y los cantos el día anterior. El grupo de Thiel atravesó “platanares interminables” y encontraron “almuerzos” indígenas a medio comer y recientemente abandonados. En las riberas del río Muerte —cerca de donde los guatusos habían matado al padre Tomás López hacía exactamente 100 años— espionaron a dos indígenas, “completamente desnudos, altos y robustos, que estaban cruzando al otro lado del río”.⁵⁹

Los expedicionarios les indicaron a los indígenas que se acercaran y después saltaron al río en su persecución, pero no lograron alcanzarlos. Más tarde encontraron otra comunidad grande, sin habitantes pero con 21 hogueras para cocinar y enormes cantidades de plátanos y chicha. Había “guacales llenos de hojas verdes de tabaco cocidas” junto a cada una de las varias hama-

⁵⁶ Thiel, “Secretaría de Culto” (4 de junio).

⁵⁷ Thiel, “Secretaría de Culto” (4 de junio).

⁵⁸ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1279 (6 de junio de 1882), pág. 1.

⁵⁹ Thiel, “Secretaría de Culto” (6 de junio).

cas. Más adelante esa tarde, en su camino de vuelta al campamento, la expedición vio a un guatuso "espía" que escapó por el bosque. A las diez de la noche escucharon a los indígenas aproximarse al campamento. Thiel reconoció que "esta noche la pasaron casi todos sin dormir", aunque no le atribuyó el insomnio al peligro de que los nativos acecharan en el bosque, sino a "la muchedumbre de zancudos que no los permitían descansar ni un momento".⁶⁰

Para entonces la moral del grupo de Thiel se había deteriorado. El obispo se lamentó de que:

Las expediciones de los últimos días nos probaron que era imposible acercarnos a los indios, ni siquiera hablar con uno de ellos; y ya todos se entregaban a una profunda tristeza desesperando del feliz suceso de la expedición que tantos sacrificios y gastos había causado.

A pesar de lo que Thiel ya sabía acerca de las depredaciones de los huleros en el territorio guatuso, comentó:

Nos era imposible comprender el motivo de la constante fuga de los indios, cosa que Su Señoría nunca había encontrado, ni entre los Viceitas, ni los Chirripoes [grupos indígenas del sur de Costa Rica], y ya nos resolvimos a volver a San Carlos [de Alajuela, Costa Rica].⁶¹

Temprano en la mañana del domingo, Thiel y su grupo se encontraron con los otros cruzados que habían ido al sitio de la fiesta guatusa del viernes. "Estos habían sido más felices en su expedición", escribió, "pudiendo tomar dos indios. Grande era la alegría de todos al ver los primeros Guatusos. Ya había esperanza de entrar por medio de ellos, en contacto con los demás indios".⁶²

Los huleros habían atrapado a uno de los indígenas, padre de tres, con la intención de venderlo en Nicaragua y lo habían entregado "voluntariamente" a los misioneros-exploradores cuando se enteraron de que el obispo estaba en el área. El otro indígena, quien se encontraba pescando en el río Pataste, fue capturado cerca del sitio de la fiesta del viernes después de una corta persecución por el bosque.

Aunque Thiel insistió en que se tratara a los cautivos con precaución, parece que creyó que éstos estaban dispuestos a quedarse con él, ya que prome-

⁶⁰ Thiel, "Secretaría de Culto" (6 de junio).

⁶¹ Thiel, "Secretaría de Culto" (6 de junio).

⁶² Thiel, "Secretaría de Culto" (6 de junio).

tieron servir de guías a cambio de artículos de comercio.⁶³ En cualquier caso, los guatusos cautivos le confirmaron al obispo la urgencia de salvar a su gente de lo que claramente era una situación desesperada:

Uno de los indios nos contó los grandes trabajos que pasaban todos, por los maltratamientos de los huleros; que a él, un hulero le había matado á su padre. Que su padre estaba cortando un árbol de hule del platanar que le pertenecía, con el fin de hacer de la corteza un vestido, cuando uno de los huleros se acercó secretamente y le partió de un machetazo la cabeza; que todos se veían obligados a huir al monte al acercarse los huleros, dejando sus casas y sus provisiones y viviendo de raíces, de palmitos y pacayas; que los huleros les habían robado muchísimos niños; que además muchos niños habían muerto en la montaña huyendo de los huleros y que unos habían sido devorados por los tigres, y otros habían muerto mordidos de culebras; que además muchos hombres y mujeres ya grandes habían muerto á consecuencia de las enfermedades que habían contraído cuando estaban obligados a vivir en el monte durante los meses de lluvia, sin ranchos y sin comida.⁶⁴

A pesar del dramático relato de los indígenas acerca de su sufrimiento, no es tan obvio el hecho de que hicieran una clara distinción entre los nobles misioneros y los malvados huleros. A pesar de su promesa de colaboración, se rehusaron a llevar a Thiel a sus comunidades y afirmaron que si lo hacían sus "paisanos" los garrotearían hasta matarlos.⁶⁵ Con el objeto de inspirarles confianza a los dos guatusos, Thiel se puso en camino solo con ellos, ordenándole al resto de la expedición que los siguiera a una corta distancia:

Apénas había salido el Obispo con los dos indios, éstos hicieron una tentativa de huirse; empujaron fuertemente al Obispo, que casi cayó en tierra, el uno tomó la montaña y el otro lo detuvo Su Señoría, quien tuvo bastante presencia de espíritu en este momento; al ruido vinieron todos los demás y despues de un cuarto de hora tomaron el indio que había huido. Desde entónces tuvimos más cuidado con los indios, única esperanza que teníamos para obtener un resultado feliz en nuestra expedicion.⁶⁶

⁶³ Thiel, "Secretaría de Culto" (6 de junio).

⁶⁴ Thiel, "Secretaría de Culto" (6 de junio).

⁶⁵ Thiel, "Secretaría de Culto" (7 de junio).

⁶⁶ Thiel, "Secretaría de Culto" (7 de junio).

“Los indios nos llevaron todo el día por caminos poco traficados”, continuó Thiel, “evitando siempre aquellos que conducían á los ranchos”:

Nos engañaron completamente... Todos estaban muy irritados contra los indios... y así, pasando y cayendo sobre palos, bejucos y raíces, algunos armados con tizones encendidos, atravesando sobre palos las quebradas y el río Pataste, hasta que llegamos á las ocho y media al rancho, rendidos y agotados de la marcha continua de casi doce horas.⁶⁷

¿DE BARBARISMO A CIVILIZACIÓN?

Hasta ahora, los misioneros habían pasado dos semanas debilitantes en territorio guatuso. El martes 25 de abril, se prepararon para regresar a la civilización, “convencidos de que era imposible servirnos de los indios para reconocer los palenques; y por esto, no habiendo ya más motivo de demorar entre los Guatusos, se resolvió hacer en este día los preparativos para el regreso”.⁶⁸ Sin embargo, Thiel y diez miembros de su grupo decidieron dejar el área navegando río abajo por el río Frío hacia el Lago de Nicaragua en un bote de remos que le alquilaron a unos huleros, “llevado[s] de la esperanza de encontrar algunos indios Guatusos, robados y vendidos por los huleros”.⁶⁹ Los otros miembros de la expedición se pusieron en marcha por vía terrestre rumbo al centro de Costa Rica.

El bote que llevaba a los once cruzados iba tan “sobrecargado... que al más ligero movimiento que uno hacía se llenaba de agua”.⁷⁰ Sin embargo, la jornada se llevó a cabo sin incidentes hasta la tarde del jueves, 27 de abril, cuando Thiel y su grupo llegaron a un punto cerca de la frontera, a seis millas de donde el río Frío desemboca en el río San Juan y el Lago de Nicaragua.⁷¹ Allí, encontraron varias casas y una hacienda, donde los viajeros recibieron una cordial bienvenida. Dos trabajadores de la hacienda remaron río abajo para informarles a los nicaragüenses en el Fuerte de San Carlos de la inminente llegada del obispo. Esa noche había tantos zancudos que los viajeros

⁶⁷ Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio).

⁶⁸ Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio). En la edición de 1927 del relato de Thiel (pág. 32) este pasaje sustituye a la frase “nuestros presos” por “los indios”.

⁶⁹ Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio).

⁷⁰ Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio).

⁷¹ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1281 (8 de junio de 1882), pág. 1.

tuvieron que caminar mientras comían y casi todos encontraron imposible conciliar el sueño. En la mañana, Thiel escribió:

A un cuarto de hora de camino, encontramos un bote en el cual venía la Señora, dueña de la hacienda, con el fin de asistir á la misa del Obispo. Nos comunicó que en San Carlos todos estaban alborotados por la llegada del Obispo y que el Comandante había enviado gente para toparnos; uno de los mozos á quien habíamos enviado en la tarde del día anterior, nos informó de que habían dado de alta á todos los hombres capaces de llevar las armas; que les habían tomado declaración jurada, sobre todo lo que habían visto en nuestro bote.⁷²

En seguida una lancha con varios hombres vistiendo uniformes militares se detuvo junto al bote del obispo, inspeccionando todo lo que éste contenía. Los soldados hicieron cuatro disparos al aire, los cuales, dijo Thiel, “consideramos como signos de alegría, como se acostumbra á la llegada de un Obispo á un pueblo”.⁷³ Después apareció otro bote desplegando la bandera nicaragüense y llevando más soldados y un corneta. Mientras Thiel continuaba río abajo con sus nuevas escoltas, le dio a los soldados algunos pequeños regalos de las escasas provisiones de la expedición, el corneta interpretó una marcha y los soldados gritaron, “¡Viva el Gobierno de Nicaragua!”. Los nicaragüenses hicieron otra ronda de disparos al aire y, escribió Thiel, “como nosotros pensamos que eran tiros de alegría, les contestamos” [con nuestros propios disparos].⁷⁴ Un rato después apareció un tercer bote, “lleno de soldados, armados de ‘Chassepot’ [fusiles de retrocarga]”.⁷⁵

En ese momento parece que un creciente sentido de lo absurdo empezó a invadir a Thiel, por lo menos en la forma en que narró los eventos posteriormente:

Ya nos parecía esto algo ridículo y por esto resolvimos dejar á los Señores Nicaragüenses tranquilos. En la punta del Tablazo, en donde encontramos el tercer bote, vimos un cuarto bote con soldados armados, que estaba emboscado en un caño y que á la llegada de los otros botes, continuó con ellos; después

⁷² Thiel, “Secretaría de Culto” (8 de junio).

⁷³ Thiel, “Secretaría de Culto” (8 de junio).

⁷⁴ Thiel, “Secretaría de Culto” (8 de junio).

⁷⁵ Thiel, “Secretaría de Culto” (8 de junio).

de tres cuartos de hora llegamos á un punto llamado 'Coloradito', que se halla a dos millas de la ribera de Lago, y considerando este lugar como límite entre Costa-Rica y Nicaragua, Su Señoría dijo que debíamos pedir permiso para pasar adelante. Aquí había algunos soldados en tierra; los botes nicaragüenses arrimaron á tierra y nosotros nos quedamos en medio río, pidiendo el permiso en voz alta de pasar adelante. A poco rato nos contestó aquel que se llamaba 'Mayor', '*¡pasen UU!*' y otros gritaron '*pasen*'.⁷⁶

Las formalidades de la frontera —y la propia localización de la frontera— parecen haber sido de mayor preocupación para Thiel que para los nicaragüenses, éstos rápidamente asumieron el mando una vez que se encontraron en su propio territorio:

De nuevo se unieron todos los botes nicaragüenses y nos dijeron que éramos muchos y que para avanzar más, sería bueno que algunos de los nuestros pasaran á los botes de ellos; sin vacilacion aceptamos esta invitacion y cuatro ó cinco de los nuestros se embarcaron en los botes nicaragüenses, en donde venían los soldados; entónces vino una lancha y el Mayor dijo á Su Señoría: que se pasara á esta lancha. Su Señoría le contestó: que estaba bien, que no le precisaba llegar á San Carlos; repitiendo la gente sus instancias y diciéndole un oficial *que era necesario pasase á la lancha*, dijo Su Señoría 'vaya pues, démosle gusto', y con otro compañero se embarcó en la lancha.⁷⁷

Cuando los botes llegaron al Fuerte de San Carlos, el sacerdote del pueblo acudió al muelle para saludar al obispo y para llevarlo a su alojamiento en la casa de un notable local. Por doquier Thiel se encontró con multitudes de fieles que querían besar su anillo. Descubriendo a muchas personas que parecían ser guátusos, pronunció unas cuantas palabras en su idioma e inmediatamente se vió rodeado de indígenas, la mayoría niños de entre seis y catorce años:

Les preguntó que cuántos de ellos había en el fuerte de San Cárlos y le dijeron que como cincuenta á sesenta; entónces Su Señoría preguntó al dueño de la casa que estaba sentado á su lado, al Cura y á varios caballeros, si era cierto que había tantos indios Guátusos y le contestaron que sí y que tal vez había más de sesenta en el fuerte de San Cárlos. Una Señora que seguía la conversa-

⁷⁶ Thiel, "Secretaría de Culto" (8 de junio).

⁷⁷ Thiel, "Secretaría de Culto" (8 de junio), *itálicas originales*.

cion dijo: '*O Señor Obispo, son muchísimos!* Un pequeño indito, como de cuatro años de edad, no quiso separarse del Señor Obispo: á una muchacha de unos quince años que decía que era hermana del chiquito, le preguntó el Señor Obispo como habían llegado á San Carlos; entonces le refirió su historia: 'que un día los hombres se habían ido á trabajar á un platanar, quedando las mujeres y los niños en el palenque, cuando de repente llegaron los huleros: que élla no quiso huir con los demás por amor a su hermanito, que entonces tenía apenas unos cuatro meses y que así la habían capturado con su hermanito y la habían vendido en San Carlos'. En seguida Su Señoría preguntó á varios indios cómo los habían tomado y todos refirieron la historia de sus sufrimientos.⁷⁸

En medio de la conversación con los guatusos, a las 12:30 pm, llegó un oficial con una carta del comandante del fuerte, Pedro Rojas, indicándole a Thiel y a los otros que se prepararan, según las "órdenes superiores de su Excelencia el Sr. Presidente", para abandonar San Carlos inmediatamente en el buque de vapor de las 4:00 con destino a Granada, al otro lado del Lago de Nicaragua. Thiel leyó el mensaje para sí mismo, le informó al oficial que pronto le enviaría una respuesta al comandante y continuó su plática con los indígenas. Durante el almuerzo, hablando en francés para asegurar privacidad, le describió la carta al abogado León Fernández y le pidió que le respondiera verbalmente al comandante.⁷⁹

Fernández se presentó en la oficina del comandante Rojas y le dijo que era un acto ilegal tomar al obispo y a los otros presos y llevarlos a Granada contra su voluntad. La expedición era, declaró, totalmente pacífica y que no había razón para alarmarse. Las tres armas de fuego en su equipaje eran "para defenderse en la montaña contra un ataque de los animales feroces y para cazar".⁸⁰ Rojas, afirmó, podía descubrir fácilmente que el resto de sus cosas consistía de un altar, mitra, "Santos Óleos y demás utensilios eclesiásticos", así como también frazadas, ropa y comida.

Después de que Fernández regresó, él y Thiel les preguntaron a los residentes de San Carlos qué sospechas podría abrigar el comandante acerca de ellos. "Desde la noche anterior", les dijeron:

⁷⁸ Thiel, "Secretaría de Culto" (8 de junio).

⁷⁹ Thiel, "Secretaría de Culto" (8 de junio); Pedro Rojas, "Nº. 2 Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis de Costa-Rica", en *La Gaceta Diario Oficial* 5: 1265 (20 de mayo de 1882), pág. 2.

⁸⁰ Bernardo Augusto Thiel, "Secretaría de Culto", en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1282 (10 de junio de 1882), pág. 1.

el pueblo había estado muy alarmado, temiéndose un ataque del lado de Costa-Rica; que había corrido la voz de que el Obispo que iba, no era más que un General disfrazado y el Sacerdote, un Capitán; que se había dado de alta á toda la gente capaz de llevar armas.⁸¹

El sentido de lo irreal que empezó a invadir a Thiel cuando los nicaragüenses con rifles Chassepot se detuvieron junto a su bote en el río Frío se intensificó claramente cuando se enteró que se creía que era un general haciéndose pasar por obispo.⁸² Escribió:

No poca risa nos causó esta respuesta, recordando vários episodios muy conocidos de '*Don Quijote de la Mancha*'; realmente nos parecía que aquí otro '*Cervantes*' habría encontrado nuevos tipos originales para otra obra por el estilo de la de '*Don Quijote*'.⁸³

Thiel, empleando un tono brusco de doble sentido poco característico, envió nuevamente a Fernández ante el comandante Rojas "á ver si de algún modo se podría enderezar este *tuerto* [énfasis original]".⁸⁴ Aparentemente no fue posible porque el comandante envió a Fernández de vuelta con "órdenes expresas del Señor Presidente de la República de Nicaragua, y segun éstas, debíamos marchar sin dilación para el interior". Entonces, Thiel se dirigió a la oficina del comandante en un último intento de que rescindieran la orden:

Señor, le dijo, no he venido para pedir favores, sino para protestar contra la orden dada, y la tropelía que U. comete contra ciudadanos de una República vecina y además contra el Obispo de la Iglesia Católica de Costa-Rica. U. comete un acto que deshonra sobremanera á Nicaragua y tendré cuidado de ponerlo en conocimiento de todo el mundo civilizado. U., Señor Comandante, puede registrar nuestro equipaje para ver si llevamos algo de peligro para la

⁸¹ Thiel, "Secretaría de Culto" (10 de junio).

⁸² En esta parte de su relato, Thiel no menciona nada acerca de Concepción Quesada, un miembro de su grupo que *era* coronel en el Ejército de Costa Rica. El comandante nicaragüense parece no haber estado consciente del rango de Quesada o incluso de que era un oficial del Ejército, ya que en la nota que le escribió a Thiel solamente describe que el grupo consistía del obispo, un sacerdote y "nueve individuos seglares más", sin hacer mención del coronel o su condición de militar (Rojas, "Nº. 2 Ilustrísimo Señor Obispo"). Sin embargo, cuando posteriormente el grupo llegó a Granada y dictó una queja ante un notario, Quesada se identificó como un "Coronel en servicio activo" (ACM [Archivo de la Curia Metropolitana, San José], "Protesta hecha por varios vecinos de Costa Rica contra el Comandante de San Carlos" (29 de abril de 1882), caja 433, pág. 200).

⁸³ Thiel, "Secretaría de Culto" (10 de junio).

⁸⁴ Thiel, "Secretaría de Culto" (10 de junio).

tranquilidad de Nicaragua; pero no tiene el derecho de tomarnos presos y mandarnos al interior de la República; siento profundamente este acto que tiene mucho de arbitrariedad y raya en barbarismo; lo siento por las cenizas de uno de mis antecesores, el inolvidable Obispo de Nicaragua y Costa-Rica Don Lorenzo Estéban de Tristan, que hace cien años, saliendo de este lugar, hizo su expedición en el territorio de los Guatusos, sufriendo mil trabajos de parte de estos indígenas; y yo, su sucesor, me veo atropellado por aquellos que debían seguir sus virtudes. Conque, Señor Comandante, adios.⁸⁵

Después de su “adios”, Thiel le ofreció la mano al comandante y salió de la oficina. De regreso en la casa donde se alojaban los costarricenses, el contador del buque de vapor pasó a recoger a los pasajeros del viaje a través del Lago con destino a Granada. Sin embargo, el obispo, Fernández y los otros se rehusaron a ir sin una orden escrita del comandante. Finalmente llegó un oficial que le informó a Thiel y a su grupo que tendrían que abordar el bote “por bien ó por la fuerza”⁸⁶ y el obispo accedió “para evitar mayores ultrajes y violencias”.⁸⁷ El contador del bote reapareció entonces para informarle al obispo y a sus acompañantes que aunque por su calidad de prisioneros deberían viajar en segunda clase, el capitán les permitiría ocupar los cuarteles de primera clase.⁸⁸

Cuando el buque de vapor llegó a Granada en la mañana del 29 de abril, Thiel envió al abogado León Fernández “en busca de un Cónsul extranjero ó de un Notario público” (aparentemente Costa Rica todavía no tenía un cónsul en esta ciudad, la principal del sur de Nicaragua). El prefecto de la ciudad acudió al muelle para decirle a Thiel que personalmente consideraba la detención que había realizado el comandante Rojas del obispo y sus acompañantes “una deshonra para Nicaragua” y que ahora estaban “en completa libertad”.⁸⁹ Thiel insistió en que no desembarcarían hasta que hubieran registrado una protesta formal con un notario. Después de una larga espera llegó el notario

⁸⁵ Thiel, “Secretaría de Culto” (10 de junio).

⁸⁶ Thiel, “Secretaría de Culto” (10 de junio).

⁸⁷ Bernardo Augusto Thiel, León Fernández y Bonilla et al., “Nº. 1. Protesta hecha por varios vecinos de Costa-Rica, contra el Comandante de San Carlos, con motivo de ultrajes que éste les hizo”, en *La Gaceta Diario Oficial* 5: 1265 (20 de mayo de 1882), pág. 2.

⁸⁸ Thiel, “Secretaría de Culto” (10 de junio).

⁸⁹ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1283 (11 de junio de 1882), pág. 1.

y las diez partes perjudicadas dictaron su queja. El notario acompañó a los dos testigos legales a la cercana casa del presidente Joaquín Zavala, pero éste se negó a recibirlos. El obispo y el abogado Fernández fueron los próximos en presentarse para protestar verbalmente. El presidente Zavala, quien según se informa hizo “algunas observaciones poco agradables”, les dijo que se había negado a admitir al notario porque uno de sus testigos “era un hombre descalzo y así no había podido admitirlo en su sala”. Irónicamente, los dos testigos eran zapateros.⁹⁰

El lunes primero de mayo, Thiel se presentó en la casa del ex presidente Pedro Joaquín Chamorro para visitarlo con el obispo de Nicaragua, quien había llegado para expresar su profundo pesar y amargura por el inesperado acontecimiento que había varado al prelado costarricense en Granada.⁹¹ En la casa de Chamorro:

Le fueron presentados tres indios Guatusos de doce á quince años y Su Señoría les dirigió algunas palabras en su lengua natal; preguntó en seguida, cómo se habían conseguido estos indios y le fué contestado: que por el valor de cincuenta pesos cada uno habían sido comprados á los huleros... Como uno de los indios estaba herido, preguntó uno de la comitiva de Su Señoría, de qué tenía heridas y dijo el indio: que los huleros le habían quemado con mechones de hule las piernas para evitar que se huyera á la montaña. Se informó Su Señoría del número de indios que había en Granada y le fué dicho que de unos cincuenta á sesenta, y que había otros en Rivas, en San Juan del Norte, en Managua, en León y en otras ciudades de la República; que por todos podía haber de doscientos á doscientos cincuenta, pero que los huleros habían sacado muchísimos más; que los indios eran tan delicados, que más de la mitad habían muerto;... se supo que hasta Nueva York habían llevado dos indios Guatusos.⁹²

De la casa de Chamorro, Thiel y Fernández fueron directamente a pedirle al presidente Zavala que le ordenara al comandante del Fuerte de San Carlos que les entregara algunos indígenas a su regreso. Zavala le respondió

⁹⁰ Thiel, “Secretaría de Culto” (11 de junio); y Thiel, Fernández y Bonilla et al., “Nº. 1. Protesta hecha por varios vecinos de Costa-Rica”. Otra fuente describe a los testigos como el hijo de un zapatero y un sastre (ACM, “Protesta hecha por varios vecinos”, pág. 202).

⁹¹ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1284 (13 de junio de 1882), pág. 1.

⁹² Thiel, “Secretaría de Culto” (13 de junio), pág. 1.

que sería un placer darle una docena de indígenas y que incluso proporcionaría los fondos para compensar a sus “dueños”. Thiel —en este punto más el apasionado misionero que el buen samaritano— replicó que “con cuatro indios tenía suficiente; que su fin era ponerlos en un Colegio y servirse de estos mismos para la catequización de los otros”.⁹³

El 3 de mayo, Thiel y sus acompañantes llegaron de regreso al Fuerte de San Carlos, viaje en el que “esta vez nos llevaron en primera clase”.⁹⁴ Aunque las autoridades de Granada habían prometido destituir al comandante que había tomado prisionero a Thiel,⁹⁵ éste todavía estaba en su puesto. En respuesta a la solicitud del obispo de que se le proporcionaran algunos guatusos, “el comandante contestó: que no había recibido tales instrucciones del Presidente y que además estos indios eran *propiedad* de las personas que una vez los habían comprado”.⁹⁶

Una mujer indígena con un bebé varón, que dijo que había sido capturada y vendida por cuarenta pesos, le mostró al obispo las cicatrices que le habían dejado las golpizas que le daba su dueña. Thiel escribió, “Esto bastó para llenarnos de compasión y resolernos á llevarla [a Costa Rica], á todo trance, aún sin la voluntad de la mujer que la había comprado”:

Desde entonces la custodiamos. Vino la mujer que se decía dueña de la india, reclamando doscientos pesos por ella, cuarenta de la compra y ciento sesenta por la mantención en los cuatro meses, desde diciembre. Su Señoría le dijo que todo este dinero le sería restituido y que lo pagaría el Gobierno de Nicaragua... con el fin de devolverla á su pueblo natal y á su familia, de la cual con crueldad había sido separada.⁹⁷

En su último día en el Fuerte de San Carlos, el obispo también conoció a una mujer indígena más joven que se quejaba de que la gente del pueblo “los trataban de monos, de animales montaraces” y que, aunque ella quería

⁹³ Thiel, “Secretaría de Culto” (13 de junio), pág. 1.

⁹⁴ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1285 (14 de junio de 1882), pág. 1.

⁹⁵ *Gaceta Diario Oficial*, “Editorial”, en *La Gaceta Diario Oficial* 5: 1265 (20 de mayo de 1882), pág. 4; y F. J. Medina, “Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua”, en *La Gaceta Diario Oficial* 5: 1265 (20 de mayo de 1882), pág. 2.

⁹⁶ Thiel, “Secretaría de Culto” (14 de junio), itálicas originales.

⁹⁷ Thiel, “Secretaría de Culto” (14 de junio).

acompañarlo a Costa Rica, estaba demasiado débil a causa de las enfermedades para hacer el viaje.⁹⁸ En una misa previa a su partida, Thiel exhortó a los residentes del pueblo a que sintieran compasión por los guatusos y que le entregaran “dos o tres” para que pudiera educarlos como misioneros. “Todos se conmovieron con las palabras del Obispo”, informó. “Pero nada se obtuvo”.⁹⁹

Curiosamente, considerando que “nada se obtuvo”, el obispo informó de su llegada a San José, la capital de Costa Rica, la noche del 13 de mayo, “con sus indios Guatusos”.¹⁰⁰ En su narrativa no aparece nada que indique precisamente quiénes eran estos indígenas o cómo los había adquirido. Sin embargo, parece que retuvo a los hombres “tomados” camino a Nicaragua y que pensó mejor el asunto de regresar a la mujer guatusa que conoció en el Fuerte de San Carlos “á su pueblo natal y á su familia”. En la entrega final de su historia, Thiel mencionó que había traído a San José “tres indios Guatusos y una india con su hijito. Además está en mi casa el indio Guatuso que nos sirvió de intérprete”.¹⁰¹

El misterio de dónde obtuvo Thiel “sus indios” se aclaró más de cuatro décadas después de su cruzada. En 1923, otro obispo, Antonio del Carmen Monestel, visitó a los guatusos y conoció

viejos de casi un siglo, que recuerdan lo mucho que huyeron cuando los conquistó el Obispo Thiel y hay otros, que fueron cogidos por bravos perros, única forma que le valió al Prelado para aprehenderlos y estudiar su idioma,

⁹⁸ Thiel, “Secretaría de Culto” (14 de junio). Aunque Thiel informó de este racismo con cólera en 1882, en un relato de su viaje de 1896 a territorio guatuso, él, no obstante, se refiere a los niños indígenas como “pequeños micos [monos]” (*Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 128). En el avanzado año de 1923, el exotismo y la deshumanización que hacían los intelectuales prominentes de los guatusos podían resultar en declaraciones absurdas como la siguiente:

En cierta época del año las mujeres entran en celo, a semejanza de algunos de nuestros animales domésticos, y lo que es más raro, con las prácticas más repugnantes de la raza canina, pues las indias en aquel estado se sustraen al trato social y *se alzan*, tomando la montaña seguidas de unos cuantos indios y allí permanecen a la ventura semanas enteras, presentando en medio de las soledades del bosque las escenas más inmorales (Félix F. Noriega, *Diccionario geográfico de Costa Rica*, 2ª edición (San José: Imprenta Nacional, 1923), pág. 124, itálicas originales).

⁹⁹ Thiel, “Secretaría de Culto” (14 de junio).

¹⁰⁰ Thiel, “Secretaría de Culto” (15 de junio).

¹⁰¹ Bernardo Augusto Thiel, “Secretaría de Culto”, en *La Gaceta Diario Oficial* (Costa Rica) 5: 1291 (21 de junio de 1882), pág. 2, itálicas agregadas.

para enseñarles otras costumbres y para que fueran sus intérpretes en visita posterior.¹⁰²

Después de su regreso de territorio guatuso a San José, Thiel recibió varias cartas aduladoras que declaraban a los indígenas como proto-costarricenses. Ellos eran “nuestros hermanos extraviados”,¹⁰³ “hijos de Dios, y a mayor abundamiento costarricenses”.¹⁰⁴ Otra epístola comentó que Costa Rica había sido bendecida con “nuevos hijos que contribuyan con sus brazos a explotar los terrenos que en cierto modo eran ajenos a la misma nación”.¹⁰⁵ Los guatusos de Thiel no formaban parte de una exposición formal o “complejo de exhibición”¹⁰⁶ —aunque uno puede preguntarse cuál sería la suerte de los guatusos que, según Thiel, habían sido llevados a Nueva York.¹⁰⁷ Sin embargo, su presencia conspicua en una “ciudad” capital con apenas 30,000 habitantes¹⁰⁸ demostró la eficacia de un proyecto nacional que la élite —y otros— concebían cada vez más como una conquista imperial de las regiones periféricas más allá del densamente poblado valle central del país.¹⁰⁹

¹⁰² Amando Céspedes Marín, *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso* (San José, Costa Rica: Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), 1923), pág. 67, itálicas originales.

¹⁰³ ACM, “Carta de 104 mujeres al Obispo Thiel” (24 de junio de 1882), caja 433, folios 233–234.

¹⁰⁴ ACM, “Carta del Clero de Cartago al Obispo Thiel” (26 de junio de 1882), caja 433, folio 238.

¹⁰⁵ ACM, “Carta de la Vicaría Foránea de la Provincia de Heredia al Obispo Thiel” (6 de julio de 1882), caja 433, folios 249–251.

¹⁰⁶ Tony Bennett, “The Exhibitionary Complex”, en *New Formations* 4 (Spring 1988), pp. 73–102.

¹⁰⁷ “Los indios están volviendo un objeto especulativo”, le informó el hacendado Ramón Quesada a Thiel en octubre de 1882.

Muchos preguntan por ellos, otros dicen que tienen comisión expresa del Sr. Presidente para presentarlos[,] otros que no esperan más que el verano para ir a conocer todo ese pueblo[,] y no se habla más que de cacao, de fruta y del provecho que de allí se puede sacar, pero nadie se ocupa de ver si se les favorece o no [a los indios,] en esto no se piensa (ACM, “Carta de Ramón Quesada al Obispo Thiel” (28 de octubre de 1882), caja 433, folios 340–341).

¹⁰⁸ Hermógenes Hernández, *Costa Rica: evolución territorial y principales censos de población 1502–1984* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1985), pág. 61.

¹⁰⁹ Varias de las cartas de felicitación y las declaraciones del consejo municipal que siguieron a la expedición de Thiel a territorio guatuso se refieren a la misión como una

A los ojos de Thiel, “sus guatusos” —quienes difícilmente podían tener una noción desarrollada del concepto de nación— se convirtieron en instrumentos estratégicos de un proyecto de construcción de la nación. Ellos ayudarían a cristianizar a sus ignorantes hermanos a lo largo del río Frío y formarían pueblos civilizados en la frontera, especialmente, observó en 1882, si el gobierno costarricense podía conseguir que Nicaragua liberara más cautivos guatusos.¹¹⁰ Ellos darían fe personalmente del barbarismo de los nicaragüenses y servirían como un ejemplo aleccionador de las cualidades humanas que diferenciaban a los costarricenses de sus vecinos del norte.

Los guatusos del obispo también jugaron un papel clave en conectar a la nueva nación costarricense con sus raíces remotas y “primitivas” y en resaltar su presente y futuro progresivo. Al igual que los pueblos nativos exhibidos alrededor de esta época en las ferias mundiales, museos y circos europeos y norteamericanos,¹¹¹ la llegada a San José de indígenas no evangelizados, “salvajes y bárbaros”, le permitió a la urbe costarricense formarse una idea de las raíces románticas de su nación en el pasado pre-colombino e imaginar regresar súbitamente en el tiempo al supuesto momento formativo de la conquista. Trece sacerdotes de Cartago, adulando al obispo en una carta en la que lo comparaban con “Orfeo amansando los tigres con su lira”, claramente expresaron este sentimiento generalizado, aunque con una serie de analogías más bien confusas:

Al verle y a su respetable séquito los aborígenes huyen a los montes, representando una las escenas de la irrupción de los bárbaros en los demonios romanos, o si se quiere, y aunque duelanos decirlo, de la conquista de la América por los europeos. ¡Ah! era que la civilización vecina había ido, como en zaga

“conquista” (ACM, “Sesión ordinaria del Cantón General de Heredia” (3 de julio de 1882), caja 433, folios 247–248; y “Carta de la Vicaría Foránea”, caja 433, folios 249–251). El hecho de que esta parte de un concepto más amplio de la imposición de la Costa Rica central en sus periferias está sugerido en el comentario del prominente abogado-político Eusebio Figueroa quien, en 1876, sugirió que la vía férrea planificada hacia la costa caribeña sería similar a la conquista francesa de la Cochin China (Palmer, “Hacia la ‘auto-inmigración’”, pág. 76).

¹¹⁰ Thiel, “Secretaría de Culto” (21 de junio).

¹¹¹ Véanse de Robert W. Rydell: *All the World's a Fair: Visions of Empire at the American International Expositions, 1876–1916* (Chicago: University of Chicago Press, 1984); y *World of Fairs: The Century-of-Progress Expositions* (Chicago: University of Chicago Press, 1993).

PALENQUE SAVARA



© Armando Céspedes Marín

“en donde viven los indios que fueron mordidos por los perros del Ilustrísimo señor Obispo Thiel y que dicen llamarse Felipe Tokipuana, Ponciano Tosácaro y la vieja Orrócuri”. A la derecha, un árbol de hule, *Castilla costaricana* Liebmann.

Fuente: Armando Céspedes Marín, *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso* (San José, Costa Rica: Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), 1923).

de la del mundo de tres siglos atrás, y en territorio costarricense tenía su Hotentotia, semilla de esclavos.¹¹²

MUERTE CONTINUA EN LA FRONTERA NORTE

Después de su primera expedición a territorio guatuso, el obispo Thiel consiguió exitosamente que el gobierno costarricense pasara una ley prohibiendo la persecución de los indígenas y vedando la extracción de hule y madera.¹¹³ Muchos huleros, aunque no todos,¹¹⁴ se fueron —al menos por un tiempo. En una ocasión, algunos indígenas aparentemente sintieron que tenían el poder suficiente para amarrar a un hulero y llevarlo ante un juzgado en San Carlos, donde lo acusaron de robar fruta y herirle la mano a uno de ellos.¹¹⁵ Sin embargo, el juez recibió su queja “con indiferencia”.¹¹⁶ Además, un observador no dudó:

que los indios hayan sufrido algunos disgustos con los soldados, a juzgar por la mala conducta de aquellos militares y porque entre estos hay uno que ha dicho que la mayor parte del tiempo lo pasaba entre los indios, aunque el Jefe expresa que no permitió nada de esto, y reprueba también que los indios no salieron [del bosque] sino que fue después de haber estos militares desocupado el campo.¹¹⁷

¹¹² ACM, “Carta del Clero de Cartago al Obispo Thiel” (26 de junio de 1882), pág. 238.

¹¹³ Carolyn Hall, *Costa Rica: una interpretación geográfica con perspectiva histórica* (San José: Editorial Costa Rica, 1984), pág. 75

¹¹⁴ ACM, “Carta de Ramón Quesada al Obispo Thiel” (12 de julio de 1882), caja 433, folios 257–259.

¹¹⁵ ACM, “Carta de Ramón Quesada al Obispo Thiel” (12 de julio de 1882); y “Carta de Ramón Quesada al Obispo Thiel” (19 de agosto de 1882), caja 433, folios 295–297.

¹¹⁶ ACM, “Carta de Ramón Quesada al Obispo Thiel” (19 de agosto de 1882).

¹¹⁷ ACM, “Carta de Grecia al Obispo” (19 de agosto de 1882), caja 433, folios 292–293. Varios líderes indígenas declararon en una escritura legal en 1996, “Todavía está vivo el recuerdo, entre nosotros, de que nuestros padres y abuelos tuvieron que sufrir las humillaciones de pasar muchas horas y días dentro de huecos, con un cepo atando sus pies, como castigo que las primeras autoridades policiales imponían a los malekus por practicar su cultura” (Antonio Blanco Rodríguez, Luciano Castro Castro, José Aniceto Blanco Vela, Bienvenido Cruz Castro, “Recurso de amparo contra el Poder Ejecutivo, el Ministro de Gobernación, el Instituto de Desarrollo Agrario y la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas” (Manuscrito, 1996), pág. 4).

Cuatro años después, el Estado estableció lo que se suponía sería una presencia militar permanente en la zona guatusa, consistiendo inicialmente de unos cuarenta soldados,¹¹⁸ con el fin de reprimir a los huleros que quedaban, salvar a los indígenas y proteger la soberanía nacional. Las interpretaciones posteriores de estos eventos¹¹⁹ sugieren que los esfuerzos misioneros y de cabildeo de Thiel efectivamente pusieron fin al genocidio.¹²⁰ Pero ¿realmente puso fin el “filantrópico e ilustrado” obispo Bernardo Augusto Thiel al tráfico de esclavos o a la destrucción de los guatusos?¹²¹

Thiel regresó tres veces con los guatusos a principios de la década de 1880 (junto con varios de “sus” indígenas) y una vez más en 1896,¹²² aunque el único informe detallado publicado es el de esta última expedición.¹²³ Esta narrativa de 1896 deja claro que en los catorce años desde la primera visita de Thiel, los guatusos experimentaron una devastación física y cultural extrema. Por regla general, los guatusos enterraban a sus muertos en tumbas poco

¹¹⁸ Céspedes, *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso*, pág. 46.

¹¹⁹ Por ejemplo, Francisco Montero Barrantes, *Geografía de Costa Rica* (Barcelona: Tipografía Literaria de José Cunill Sala, 1892), pág. 200; Noriega, *Diccionario geográfico de Costa Rica*, pág. 125.

¹²⁰ Incluso después, los especialistas han aceptado sin crítica esta interpretación dudosa. Constenla, por ejemplo, escribe que “al crearse un puesto militar permanente, los huleros, para no llamar la atención de las autoridades costarricenses... tuvieron que abandonar la persecución de los indios sobrevivientes” (*Laca majifijica*, pp. 3–4).

¹²¹ Uno también podría preguntar por qué había una demanda considerable de esclavos guatusos en Nicaragua, pero aparentemente poca o ninguna en Costa Rica. Parte de la razón es que los costarricenses ricos tenían una fuente alternativa de mano de obra sin paga y del prestigio que aparentemente acompañaba al hecho de tener valets y sirvientes domésticos exóticos. Al mismo tiempo que ocurría el esclavizamiento de los guatusos, la Atlantic Railroad Company empezó a vender a los trabajadores chinos que se habían declarado en huelga por 350–400 pesos cada uno a los miembros de la élite costarricense. Técnicamente, los compradores no adquirieron a los chinos como un bien, sino simplemente compraron su obligación de trabajar —usualmente como cocineros, sirvientes domésticos y mozos para el campo— por el período restante de sus contratos, generalmente ocho años. Para mediados de 1874, la Railroad Company había vendido más de 400 chinos a los costarricenses y extranjeros ricos, incluyendo al presidente Tomás Guardia, quien adquirió 14 (Jeffrey J. Casey, “Sección documental: la inmigración china”, en *Revista de Historia* (Costa Rica) 1: 1 (1975), pp. 145–165; y Carlos Luis Fallas Monge, *El movimiento obrero en Costa Rica 1830–1902* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1983), pp. 208–214).

¹²² Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel*, pp. 450–451.

¹²³ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 99–151.

FAMILIA DE INDÍGENAS GUATUSOS-MALECUS
EN LAS ORILLAS DEL RÍO FRÍO (1923)



© Armando Céspedes Marín

Fuente: Céspedes Marín, *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso*.

profundas en el piso de sus enormes viviendas. En 1882, el obispo y sus acompañantes reportaron solamente dos entierros en los varios asentamientos que visitaron.¹²⁴ En 1896, en contraste, visitaron once comunidades donde el olor a muerte se sentía literalmente en todas partes. “Entre los guatusos no se puede vivir”, comentó un Thiel disgustado, “debido al mal olor que se levanta de las sepulturas, que tienen en el mismo rancho y a poca profundidad”.¹²⁵

En el palenque Tojifo, encontraron una población de 26 hombres, 12 mujeres y nueve niños —y no menos de quince entierros recientes. Margarita —el palenque más grande, de unos 35 por 16 metros— tenía 24 hombres, 13 mujeres, 17 niños y más de sesenta entierros recientes. La población total para las once comunidades fue de 267 —133 hombres, 70 mujeres y 64 niños. El número total de entierros recientes fue de 298, cifra mayor que la de personas vivas.¹²⁶

¹²⁴ Thiel, “Secretaría de Culto” (7 de junio).

¹²⁵ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 121.

¹²⁶ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 151.

La proporción desigual por sexo y la estructura con predominio de ancianos de la población sobreviviente sugiere que muchas mujeres y niños habían sido capturados y llevados. En 1882, Thiel comentó que los guatusos eran “altos y robustos”.¹²⁷ Catorce años después, sufrían de enfermedades pulmonares mortales, dolores, fiebres y anemia, así como también de infestaciones de piojos.¹²⁸ Eran, observó Thiel, “muy flacos y muy enfermos, dibujándose en sus rostros el abatimiento, la tristeza y el sufrimiento”.¹²⁹

Para la década de 1890, la depresión y la descomposición cultural claramente estaban cobrando víctimas. Se dijo que el suicidio era bastante común entre los indígenas.¹³⁰ Algunas comunidades no tenían ollas para preparar chicha ni redes para pescar.¹³¹ En varios asentamientos, los “indios civilizados” que se las habían arreglado para regresar a casa después de años de cautiverio estaban empezando a abandonar los patrones de subsistencia tradicionales.¹³² Los guatusos viajaban a San José y a otros pueblos donde pedían limosna para poder comprar camisas, armas de fuego y machetes.¹³³ Thiel los alentó para que se involucraran en el mercado trayendo pequeñas cantidades de cacao a la capital, donde su administrador lo cambiaba por machetes y rifles.¹³⁴ Incluso el alcoholismo festivo y tradicional de los guatusos basado en la chicha parece haber tomado características grotescas y patéticas. En el palenque Tojifo, Thiel encontró

una figura rara y por demás ridícula... Un cholo de bigote despoblado, sin camisa y con una leva desteñida, con sólo tapo rabo, un [sombbrero] tirolé sobre la cabeza y un bordón en la mano..., con el rostro, piernas, brazos, vientre y pecho pintados de rojo, haciendo piruetas de cortesía, diciéndonos que se iba a beber chicha al otro palenque.¹³⁵

¹²⁷ Thiel, “Secretaría de Culto” (6 de junio).

¹²⁸ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 115 y 130.

¹²⁹ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 149–150.

¹³⁰ Montero, *Geografía de Costa Rica*, pág. 200.

¹³¹ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 130.

¹³² Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 149.

¹³³ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 113.

¹³⁴ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 117–118.

¹³⁵ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 116.

Las incursiones de los huleros tampoco habían cesado en 1896.¹³⁶ Thiel encontró indígenas con heridas de machete infligidas por los huleros, se enteró de mujeres que acababan de ser violadas y de hombres que habían sido asesinados por negarse a servir como cargadores, sin paga, de hule de contrabando. Al pasar por el palenque Margarita por segunda vez, lo encontró abandonado, con una vieja valija descansando en el suelo cuyo dueño estaba persiguiendo indígenas en el bosque.¹³⁷ Poco después de la partida del indígena borracho vestido con la levita y con taparrabo, Thiel se encontró cara a cara con él en una curva del camino,

con una gran carga sobre los hombros apenas podía andar. Al vernos arrojó todo y se metió entre nosotros, diciendo: ¡chicete! ¡chicete! (hulero, hulero) señalando a un hulero que encontró llegando al palenque de Margarita y que le quería obligar a llevarle la carga hasta la Laguna.¹³⁸

Las docenas de soldados que el gobierno había enviado diez años atrás aparentemente ya no estaban en la escena. El informe de Thiel de 1896 menciona en repetidas ocasiones “la falta de policía”, de “una autoridad permanente y un resguardo” y de “una autoridad que respetar”.¹³⁹ Aunque, curiosamente, se permitió echar por lo menos parte de la culpa de la situación lamentable de los guatusos a los mismos indígenas: “Sin valor para defenderse, prefieren entregarse a los caprichos de sus tiranos, como viles esclavos”.¹⁴⁰

Sin embargo, no todos los guatusos “preferían entregarse”. Aunque a Thiel le gustaba mencionar que los guatusos ahora lo reverenciaban como un “saca” o “amigo”, aquéllos a quienes el obispo les había dicho que le hicieran encuentro en Cañas al principio de la expedición para servir como cargadores no se presentaron.¹⁴¹ Incluso en el avanzado año de 1923, cuando otro

¹³⁶ En San Juan del Norte todavía operaban alrededor de dos docenas de compañías huleras en 1897, aunque el volumen de exportaciones había descendido considerablemente en comparación con la década de 1880 (Gustavo Niederlein, *The State of Nicaragua of the Greater Republic of Central America* (Philadelphia: Philadelphia Commercial Museum, 1898), pág. 70).

¹³⁷ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 139, 143 y 148.

¹³⁸ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 118.

¹³⁹ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pp. 143, 139 y 144.

¹⁴⁰ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 139.

¹⁴¹ Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 99.

cronista eclesiástico visitó a los guatusos, los indígenas todavía estaban obligados a realizar trabajos, probablemente sin remuneración, para los no indígenas: "Los niños no tienen miedo a la gente blanca, pero los grandes a menudo huyen, cuando por algún motivo se les obliga a trabajar".¹⁴²

CONCLUSIÓN:

ENTRE LAS LÍNEAS DE LOS PROYECTOS DE LOS NACIONALISTAS

No hace mucha falta leer entre líneas en los escritos de Thiel (y otros) para vislumbrar una alternativa a los resplandecientes relatos posteriores de la exitosa evangelización de los guatusos y de la forma en que los salvó del genocidio. El auge del hule terminó a principios del siglo XX, ya que el hule barato de las plantaciones de Asia reemplazó al que se recolectaba en la selva. El genocidio contra los guatusos también parece haber disminuido para entonces, ya que la cantidad de indígenas se desplomó a menos de 200 almas, de una población pre-auge de más de 1,000.¹⁴³

El informe de 1882 de Thiel no menciona el que algún guatuso lo llamara "saca" o "amigo". La huida constante de los indígenas, incluso hasta en la década de 1920, sugiere los límites de su cariño por los extraños y la profundidad de su terror —incluyendo el temor hacia los perros bravos que Su Más Ilustre Señoría había utilizado para perseguir a los intérpretes y guías potenciales en 1882. Sin embargo, a una década de la primera expedición de Thiel, el tema "saca" se había convertido en un elemento esencial de la historiografía y etnología nacionalista y parte de un discurso maniqueo acerca de las diferencias nacionales. Escribiendo acerca de los guatusos en un libro de texto de geografía en 1892, por ejemplo, Francisco Montero declaró que, "A los costarricenses nos manifiestan los indios tanto cariño, como odio á los nicaragüenses. Nos llaman *sacas*, que quiere decir hermanos en su dialecto, y procuran

¹⁴² Céspedes, *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso*, pág. 52.

¹⁴³ El genocidio parece haber terminado en algún momento entre la expedición de Thiel en 1896 y la visita del geógrafo alemán Karl Sapper en 1899, quien informó que las autoridades costarricenses tenían un comando permanente apostado en el área y que los ataques de los huleros habían cesado (Karl Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica 1899 y 1924* (San José: Imprenta Universal, 1942), pp. 81–96). Casi un siglo después, los guatusos-malecus enfrentaban una severa pobreza y continuas amenazas a su existencia. Las estimaciones de su población actual oscilan entre 449 (Noemy Mejía Marín, Raúl I. Bolaños Arce, Juan de Dios Ramírez y Rocío Alvarado, *Historias malecus* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional y Centro Cultural de la Embajada de España, 1994), pág. 1) y 590 (Blanco et al., "Recurso de amparo contra el Poder Ejecutivo", pág. 2), por debajo de la mitad del nivel previo al auge del hule. El español está reemplazando rápidamente al idioma malecu (Alberto Baeza Flores y Heino Froehling, *Costa Rica: patrones*

siempre prestar servicios y obsequiar á las personas del interior [de Costa Rica]”¹⁴⁴.

Quizá sea necesario —a la luz de esta suposición popular de que los nativos escasamente aculturados podían distinguir fácilmente a los *nicas* de los costarricenses— preguntar si los temidos huleros eran todos nicaragüenses, como León Fernández se sintió obligado a sostener, o “casi todos nicaragüenses”, como lo indicó el diccionario de Gagini. A principios de la década de 1880, poco antes del surgimiento del sector bananero, el hule fue el producto de exportación más importante de Costa Rica después del café.¹⁴⁵ En la divisoria continental, al oeste del territorio guatuso, el hule (principalmente de la variedad *Castilla nicoyensis*) crecía (o era cultivado) en toda la provincia costarricense de Guanacaste, aunque se escaseó para el final de siglo.¹⁴⁶ Allí,

culturales de comunidades indígenas (San José: CEDAL, 1973); Adolfo Constenla Umaña, “El guatuso de Palenque Margarita: su proceso de declinación”, en *Estudios de Lingüística Chibcha* 7 (1988), pp. 7–37; y *Laca majifijica*). A finales de la década de 1950, los guatusos-malecus habitaban un territorio de aproximadamente 11,000 hectáreas (Blanco et al., “Recurso de amparo contra el Poder Ejecutivo”, pág. 5). La Reserva Indígena Guatuso-Maleku consistía de poco menos de 3,000 hectáreas cuando fue fundada en 1976. Doce años después los indígenas habían perdido todo menos 411 hectáreas a manos de campesinos y ganaderos no indígenas, quienes inundaron la región en la década de 1980, respondiendo a los incentivos del gobierno de poblar zonas con baja densidad de población cerca de la frontera nicaragüense (el Estado costarricense también expropió 250 hectáreas de la Reserva en 1977). Las protestas y las ocupaciones de tierra en 1990 tuvieron éxito en recuperar solamente alrededor de doscientas hectáreas del territorio perdido (Blanco, et al., “Recurso de amparo contra el Poder Ejecutivo”; Marcos Guevara Berger y Rubén Chacón Castro, *Territorios indios en Costa Rica: orígenes, situación actual y perspectivas* (San José: García Hermanos, 1992), pág. 99). En 1996 los malecus entablaron una demanda contra el gobierno costarricense para recuperar la Reserva (Blanco et al., “Recurso de amparo contra el Poder Ejecutivo”).

¹⁴⁴ Montero, *Geografía de Costa Rica*, pág. 200; y Noriega, *Diccionario geográfico de Costa Rica*, pág. 125.

¹⁴⁵ Eduardo Hernández Alarcón, “Comercio y dependencia en Costa Rica durante los años 1880–1890”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos* 3 (1977), pág. 243. Virtualmente todo el hule proveniente del territorio guatuso se exportaba vía San Juan del Norte y aparecía, si es que lo hacía, en las estadísticas de comercio de Nicaragua y no de Costa Rica. Gran parte del hule costarricense, de la zona guatusa y de otras partes, llegó por el río San Carlos en vez de por el río Frío. Ya que el río San Carlos entraba en el río San Juan más abajo de la última garita de aduanas en El Castillo, y ya que San Juan del Norte era un puerto libre, el gobierno nicaragüense no pudo recolectar sus impuestos de exportación (Dozier, *Nicaragua's Mosquito Shore*, pág. 116).

¹⁴⁶ C. C. Nutting, “On a Collection of Birds from the Hacienda La Palma, Gulf of Nicoya, Costa Rica”, en *Proceedings of the United States National Museum* 5 (1882), pág.

era recolectado por huleros itinerantes, quienes formaban —junto con los pescadores, cazadores, campesinos precaristas abigeos y ladrones de ganado— lo que los grandes terratenientes veían como una peligrosa clase “de vagos”; el “hurto de hule” constituyó un problema lo suficientemente importante que los hacendados solicitaron que aquéllos que lo vendían probaran el “origen legítimo” de su producto.¹⁴⁷ La mayoría de los huleros en el territorio guatuso eran por cierto nicaragüenses. Sin embargo, para afirmar que “casi todos” lo eran sería necesario demostrar que los guanacastecos — quienes ante los ojos de los costarricenses del interior se veían y hablaban como nicaragüenses— casi nunca cruzaban la divisoria continental, aún cuando los árboles de hule del oeste, en su área de origen, habían sido “exterminados”.

La historia acerca de los huleros “sacas” o “amigos” costarricenses y los malvados nicaragüenses también nos incita a darle otro vistazo a León Fernández, el abogado-historiador que acompañó a Thiel en su primera expedición y quien posteriormente contribuyó en gran medida al establecimiento de instituciones y de los mitos de la historia costarricense. A simple vista, la participación de Fernández en la campaña guatusa es peculiar; como intelectual liberal y masón,¹⁴⁸ probablemente era, al menos, un tanto anti-clerical y,

383; Valverde, *Industria pecuaria: la cría de ganado y el abigeato en la Provincia de Guanacaste*, pág. 38. Según Pittier, la *Castilla nicoyensis* “es una buena productora de hule, siendo su leche particularmente abundante hacia el final de la estación seca, y a este hecho se debe su casi completa exterminación en los bosques occidentales de Costa Rica” (“A Preliminary Treatment of the Genus Castilla”, pág. 277). Es probable que esta destrucción de los árboles de la variedad *Castilla nicoyensis* aumentara las preocupaciones de los terratenientes en cuanto al “hurto de hule”.

¹⁴⁷ Valverde, *Industria pecuaria*, pp. 35, 38–39 y 57. Probablemente la plantación más grande le pertenecía al Dr. Pánfilo Valverde y se encontraba en el lado suroeste del Volcán Tenorio, cuya falda este constituía territorio guatuso (Pittier, “A Preliminary Treatment of the Genus Castilla”, pág. 277). Valverde, quien como ministro del Interior en 1907 estaba a la vanguardia de los esfuerzos por reprimir a los ladrones de ganado, a los “cazadores furtivos”, a los huleros y a otros “vagos”, probablemente fue víctima de robos de hule en su Hacienda Tenorio; al menos, su propiedad —remota, boscosa e “invadida” por campesinos precaristas— era una de las más afectadas por los ladrones de ganado (Valverde, *Industria pecuaria*). En la década de 1890, los costarricenses que colonizaron las orillas del territorio guatuso también sembraron hule. El oficial militar retirado, Juan Álvarez, por ejemplo, tenía 500 árboles de hule, así como también cacao y café, en su finca localizada en la ribera del río Frío (Thiel, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*, pág. 143).

¹⁴⁸ Meléndez, “Introito”, pág. 9.

en el mejor de los casos, sin ningún interés en evangelizar “indios bárbaros”.¹⁴⁹ Sin embargo, Fernández de hecho tenía más que un interés pasajero en las cuestiones fronterizas, consideración que hace que su presencia entre los cruzados de Thiel sea más comprensible.¹⁵⁰

Con frecuencia las nuevas narrativas de historia nacional surgen al mismo tiempo que la consolidación de los territorios nacionales, proyectando retrospectivamente procesos históricos en un espacio que siempre es coextensivo con las fronteras modernas posteriores del Estado. Estas nuevas tradiciones historiográficas nacionalistas —ya que rápidamente se convierten en “tradiciones” inalterables— plantean que la nación es una entidad sin tiempo y genérica, con un territorio determinado que actúa como la arena

¹⁴⁹ La presencia del ilustrador José María Figuroa en la expedición es igualmente rara, dadas sus simpatías iconoclastas e historia de conducta escandalosa, las cuales eran casi con toda seguridad del conocimiento del obispo Thiel. De joven, fue acusado de haber pegado clandestinamente “dibujos obscenos” de las hijas de una familia élite en las paredes exteriores de algunas casas de su ciudad natal, Cartago (uno de los dibujos confiscados aún sobrevive, representando a una sonriente jovencita en faldas, cuya pierna levantada deja al descubierto sus genitales). También se dijo durante el juicio que operaba “una logia masónica” en su casa. Para ésto véase Paulina Malavassi, “Dibujos obscenos en el Cartago de 1843”, en *Actualidades del CIHAC* (Centro de Investigaciones Históricas de América Central, Universidad de Costa Rica) 2: 5 (diciembre 1995), pp. 1–4.

¹⁵⁰ Según Meléndez (“Introito”, pág. 10), “la comunidad de intereses en el terreno histórico llevó a don León [Fernández] a mantener una cordial relación con el erudito Obispo... Thiel”. Irónicamente, sin embargo, Fernández fue una figura clave en los eventos que precipitaron la expulsión del obispo de Costa Rica. En 1883 el ministro del Exterior, Eusebio Figuroa, pensando que había sido insultado por Fernández, lo retó a un duelo. Fernández lo mató (según algunos relatos sin esperar la cuenta de “tres”) y el obispo se negó a enterrar a Figuroa porque había perecido “víctima de la bárbara costumbre de los duelos” (Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel*, pág. 66). En el funeral, una muchedumbre irrumpió en el cementerio que estaba cerrado con llave y enterraron a Figuroa en el mausoleo de su familia. Poco después, el gobierno decretó la secularización de los cementerios, hospitales, del matrimonio y la educación, rompió relaciones con el Vaticano y expulsó a Thiel y a los jesuitas de Costa Rica (Rafael Obregón Lorfa, *Hechos militares y políticos* (Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1981), pp. 204–217; Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel*, pp. 65–66). A Thiel se le permitió regresar en 1886, siempre y cuando la iglesia jugara un papel subordinado en la política. Su restitución fue simbólica de una reconciliación entre las facciones pro-clerical y liberal de la élite (Palmer, “Hacia la ‘auto-inmigración’”, pág. 84). Un año después del regreso de Thiel, el hijo de Figuroa vengó a su padre emboscando y disparándole a Fernández, cuyas últimas palabras se dice que fueron dirigidas a su asesino: “Buen hijo, mal caballero” (Meléndez, “Introito”, pág. 10).

permanente para su historia.¹⁵¹ Estas implican “amnesias características”¹⁵² acerca de antiguas lealtades y fronteras.

En Costa Rica —que se independizó como provincia de la Capitanía General de Guatemala, formaba en ese entonces parte del Imperio Mexicano y después de la Federación Centroamericana— la identidad nacional no estaba más que en estado embrionario a principios de la década de 1880. En efecto, no fue sino hasta la década de 1850 que los términos “Nación” y “nacional” se empezaron a utilizar para referirse a Costa Rica en lugar de Centroamérica como un todo.¹⁵³ Nicaragua apenas se diferenciaba en este aspecto; ocurrieron algunas “expresiones proto-nacionalistas” en conexión con la invasión de los filibusteros estadounidenses en la década de 1850, pero no fue sino hasta la de 1870 que los regímenes conservadores dieron los primeros pasos para construir una identidad nacional específicamente nicaragüense. Antes de las reformas liberales que se iniciaron en Guatemala en la década de 1870, los gobiernos ístmicos todavía se representaban a sí mismos como personificadores de la voluntad de “los pueblos” (por ejemplo, como la cumbre política de un grupo de localidades) en vez de la de sus ciudadanos; las élites liberales estaban entusiasmadas con la ideología de desarrollo secular y la Patria Grande Centroamericana, mientras que los conservadores mezclaban el localismo y el catolicismo con la nostalgia por la Madre Patria (España).¹⁵⁴ Al igual que en cualquier otra parte de hispanoamérica, las naciones surgieron

¹⁵¹ Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Post-Colonial Histories* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1993), pág. 110.

¹⁵² Anderson, *Imagined Communities*, pág. 204.

¹⁵³ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Historia del vocabulario político en Costa Rica: Estado, república, nación y democracia (1821–1949)”, en *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, Arturo Taracena Arriola y Jean Piel, editores (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pág. 67.

¹⁵⁴ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870–1930)”, en *El paso del cometa: Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)*, Iván Molina Jiménez y Steven Palmer, editores (San José: Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), pp. 147–148; e “Historia del vocabulario político en Costa Rica”, pág. 67. Thiel resaltó los antiguos aspectos de identidad incluso cuando articulaba el nuevo nacionalismo. Cuando hizo la lista de los principales miembros de su expedición, el obispo especificó el pueblo de residencia de cada uno (aunque no lo hizo en el caso de los soldados o los muleros), sugiriendo de esta manera tanto lo sobresaliente de la identidad local como los estrechos límites de su concepto de la ciudadanía (Thiel, “Secretaría de Culto” (3 de junio)).

en áreas que no tenían ficciones guía [*guiding fictions*] para un concepto de nación autónoma. El proceso de concepto precediendo a realidad política que se daba en los Estados Unidos y en gran parte de Europa fue invertido en gran medida; las ficciones guía del destino nacional tenían que ser improvisadas después de que la independencia política era ya un hecho.¹⁵⁵

Inventar o improvisar naciones donde antes no había habido ninguna implicaba naturalizar nuevas categorías de identidad y deshistorizar u olvidar los procesos y fenómenos pre-nacionales.¹⁵⁶ Si el nacionalismo es fundamentalmente “una teoría de legitimidad política”,¹⁵⁷ con frecuencia también es un “proceso continuo de definición de ‘amigo’ y ‘enemigo’... de mantener fronteras entre ‘nosotros’ y ‘ellos’”.¹⁵⁸ “Los funcionarios y los impresores criollos provinciales” (para utilizar el término de Anderson¹⁵⁹) jugaron papeles clave en la articulación de las “ficciones guía” necesarias. Refinar la materia prima para este proceso de invención e improvisación contó con la participación de lexicógrafos, etnólogos autodidactas y un cuerpo de historiadores recién profesionalizados.

Los métodos, intereses, instituciones y personal de la nueva “historia patria” también estaban inextricablemente ligados a la definición de las fronteras políticas y culturales del país.¹⁶⁰ Las disputas fronterizas con Colombia y Nicaragua llevaron a los abogados que trabajaban en comisiones de gobierno, de los cuales León Fernández era el más prominente, a explotar los archivos y bibliotecas de Guatemala, Madrid, Sevilla, París e Inglaterra en busca de documentos que pudieran apoyar los reclamos territoriales de Costa Rica.

¹⁵⁵ Shumway, *The Invention of Argentina*, pág. 2.

¹⁵⁶ En la década de 1880 en Costa Rica, el nuevo nacionalismo también implicó la creación de un mito del origen de la nación y de héroes nacionales sumamente mitologizados (Steven Palmer, “Getting to Know the Unknown Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, 1880–1900”, en *Journal of Latin American Studies* 25 (1993), pp. 45–72).

¹⁵⁷ Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1983), pág. 1.

¹⁵⁸ Peter Sahlins, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley: University of California Press, 1989), pp. 270–271.

¹⁵⁹ Anderson, *Imagined Communities*, pág. 65.

¹⁶⁰ Juan Rafael Quesada C., “El nacimiento de la historiografía en Costa Rica”, en *Revista de Historia* número especial (1988), pp. 51–81; y Palmer, “Getting to Know the Unknown Soldier”.

Estos abogados-convertidos-en-historiadores dedicaron gran parte de su energía a compilar antologías de documentos que enfocaban asuntos territoriales. La más ambiciosa fue la obra maestra de diez volúmenes de León Fernández que proporcionó material referente no solamente a las fronteras, y no sólo para el nuevo Archivo Nacional fundado en 1881, sino —al igual que los prisioneros guatusos de Thiel— para imaginar “una comunidad política antigua que se extendió hacia atrás hasta la época de Colón, donde virtualmente no se había tenido conocimiento del área antes de obtener la independencia en 1821”.¹⁶¹

¿Sería posible que un abogado experto en asuntos de fronteras, tal como Fernández, fuera tan indispensable para la expedición del obispo Thiel como el intérprete, los soldados o los perros bravos? El tono de inocencia herida de los costarricenses cuando fueron tomados prisioneros en el Fuerte de San Carlos y su representación de las acciones del comandante nicaragüense como obra de un loco irracional ocultan una realidad más compleja. En el Tratado Cañas-Jérez de 1858, Nicaragua recibió la jurisdicción sobre el río San Juan, pero a Costa Rica se le garantizó libre navegación por el mismo. Las tensiones entre Costa Rica y Nicaragua habían sido fuertes desde 1876, cuando Nicaragua limitó el transporte costarricense por el San Juan y firmó un tratado con Francia que bloquearía la participación costarricense en un canal interoceánico futuro que pudiera ser construido utilizando la ruta del San Juan. La guerra parecía inminente y los dos países rompieron relaciones diplomáticas durante dos años.¹⁶² Las sensibilidades nicaragüenses en cuanto al río San Juan se intensificaron debido a que Gran Bretaña continuó (hasta 1894) ejerciendo un protectorado bastante resentido sobre la “Reserva Mosquito”, la cual constituía una gran porción del este de Nicaragua.¹⁶³

¹⁶¹ Palmer, “Getting to Know the Unknown Soldier”, pág. 62. Un caso relacionado con este documento ilustra la predilección de Fernández por proyectar una nación costarricense naturalizada en un pasado distante cuando no existía ninguna entidad de esta índole. En Guatemala, Fernández consultó la crónica del viaje del obispo Tristán en 1783 de Granada hacia territorio guatuso, manuscrito que posteriormente fue extraviado hasta el descubrimiento de una copia de la época colonial en una biblioteca de Madrid (y su publicación en 1981 por Betancourt y Constenla). Después de la muerte de Fernández, su hijo encontró sus notas acerca del documento, las cuales se limitaban a una transcripción de los días que la expedición pasó en lo que 55 años después se convertiría en territorio costarricense (Betancourt y Constenla, “La expedición al territorio de los guatusos”, pág. 22).

¹⁶² Obregón Loria, *Hechos militares y políticos*, pp. 176–181.

¹⁶³ Charles R. Hale, *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894–1987* (Stanford, California: Stanford University Press, 1994), pp. 37–45.

Alrededor de la época de la primera expedición de Thiel a territorio guatuso, estos conflictos todavía no se habían resuelto y algunos de los abogados-historiadores costarricenses estaban planteando la posibilidad de que su país podría reclamar “con perfecta justicia, no solamente la libre navegación del San Juan, que nadie puede contestarle legalmente, sino toda su margen derecha desde su salida del lago [de Nicaragua] hasta el mar [Caribe]”.¹⁶⁴ En este contexto de disputas territoriales y tensión diplomática, tanto la presencia de Fernández como del grupo de Thiel y las acciones aparentemente de mentes del comandante nicaragüense Rojas tienen, considerablemente, más sentido.

Al llevar a un final provisional la compleja historia detrás del epígrafe de este ensayo, la definición de hulero curiosamente cargada de Carlos Gagini, podría ser útil decir algunas palabras acerca de la producción del diccionario en el que apareció. La definición citada en el epígrafe proviene de la segunda edición de 1919 del trabajo de Gagini, publicado cuando su autor era director de la Biblioteca Nacional (y poco antes de que se hiciera cargo de los Archivos Nacionales, otra institución clave de la nación emergente, fundada por León Fernández). La primera edición de Gagini,¹⁶⁵ contenía una definición más anodina de *hulero* (“Individuo que se ocupa en extraer el *hule* ó caucho”), aunque apareció más de una década después de la misión del obispo Thiel a territorio guatuso, cuando las depredaciones de los huleros eran bien conocidas. Al igual que la mayoría del resto de las entradas de la edición de 1893, Gagini consideró el término “*hulero*” como un “provincialismo” pintoresco o quizá incluso un “barbarismo” —palabras clave que sugieren una concepción de Costa Rica como una provincia en vez de una nación y una perspectiva elitista de la similitud entre los “indios bárbaros” descritos por el obispo Thiel y los otros “bárbaros” que hablaban español costarricense, “una caricatura grotesca de aquella habla divina de Garcilaso, Calderón y Cervantes”.¹⁶⁶ Para 1919, cuando Gagini publicó una segunda edición llamada *Diccionario de costarriqueñismos*, el proyecto nacionalista estaba bien consolidado y los lamentables “barbarismos” se habían convertido en pinto-

¹⁶⁴ Manuel M. de Peralta, *El Río San Juan de Nicaragua: derechos de sus ribereños* (Madrid: Librería de M. Murillo, 1882), pp. 15–16.

¹⁶⁵ Carlos Gagini, *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (San José: Tipografía Nacional, 1893), pág. 383.

¹⁶⁶ Gagini, *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, pág. i. Gagini menciona a los tres gigantes del Siglo de Oro Español de los siglos XVI y XVII: el poeta Garcilaso de la Vega, el dramaturgo Pedro Calderón y el novelista Miguel de Cervantes.

rescos “costarriqueñismos”, “resultado natural de la evolución fonética y semántica a que están sujetos los idiomas vivos”.¹⁶⁷ La exterminación de los guatusos por parte de los huleros apareció en la segunda edición de Gagini como una voz más en un coro creciente contra la malevolencia nicaragüense y a favor de la virtud costarricense.

¹⁶⁷ Carlos Gagini, *Diccionario de costarriqueñismos*, 2ª edición (San José: Imprenta Nacional, 1919), pág. i. En *Imagined Communities*, pág. 71, Anderson señala que “el siglo XIX fue, en Europa y sus periferias inmediatas, una edad dorada para los lexicógrafos, gramáticos, filólogos y literatos vernacularizadores. Las enérgicas actividades de estos intelectuales profesionales fueron claves para la formación de los nacionalismos europeos del siglo XIX en completo contraste con la situación en las Américas entre 1770 y 1830”.

Este aspecto de los nacionalismos latinoamericanos surgió un poco después en el siglo XIX, pero estos también tuvieron sus lexicógrafos, Gagini y Thiel (Bernardo Augusto Thiel, *Apuntes lexicográficos de las lenguas y dialectos de los indios de Costa Rica* (San José: Tipografía Nacional, 1882) entre ellos.